



se alquila casa con cadáver

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**SE ALQUILA
CASA
CON CADAVER**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 395
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 35.377 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1969

© CLARK CARRADOS - 1969
sobre la parte literaria

© DESILO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.122 — La senda de la venganza.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.002 — El acusado está difunto.
- En Colección BUFALO:
838 — Camino torcido.
- En Colección CALIFORNIA:
676 — Bandera para forajidos.
- En Colección COLORADO:
538 — El orgullo del diablo.
- En Colección KANSAS:
588 — La larga sombra del ahorcado.
- En Colección BRAVO OESTE:
373 — La marca borrada.
- En Colección PUNTO ROJO:
387 — La bola de cristal.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
708 — El hombre de oro.
- En Colección ASES DEL OESTE:
453 — Se vende una pistola.
- En Colección ENVIADO SECRETO:
102 — ¡Destruir al destructor!

CAPÍTULO PRIMERO

Lamont Slade se sentía satisfecho. La casa era tal como se la había descrito su amigo. Le había hablado de ella tantas veces, tiempo atrás, que Slade hubiera sabido reconocerla entre mil sin haberla visto jamás.

A Slade le convenía por una temporada un lugar semejante, tranquilo y alejado del bullicio de las grandes poblaciones. El paisaje no podía ser más ameno y hallándose la casa en pleno campo, el ambiente tenía la salubridad garantizada.

Incluso podía ver el viejo molino ya en desuso, pero cuya rueda seguía funcionando merced al chorro de agua que movía sus paletas. El arroyo pasaba a menos de cien metros de la casa, y en un paraje donde el silencio era absoluto, Slade podía oír perfectamente el monótono volteo de la gran aceña, construida mucho antes de que el vapor primero y luego la electricidad hicieran prácticamente innecesarios tales artefactos.

En cuanto a la casa, era pequeña, pero estaba compuesta de planta y piso, éste de techos parcialmente inclinados, debido al tejado de pizarra, de ángulos bastante pronunciados y vertiente a dos aguas. Las ventanas del primer piso sobresalían parcialmente del borde interior del tejado y eran bastante amplias.

En la fachada principal había un pequeño porche, al que se accedía por una escalera de tres peldaños. En torno al edificio había un pequeño jardín, bastante descuidado. —Slade ya contaba con ello, ciertamente—, en el que destacaba un enorme roble de frondosa copa. La valla que circundaba el jardín, de madera y de un metro de altura, se había caído en algunos puntos, pero esto importaba poco al nuevo ocupante de la casa.

Si tenía tiempo repararía la valla en sus momentos de descanso, aunque más bien pensaba emplearlos en dar largos paseos por el campo, que en aquella época presentaba un aspecto prometedor.

Las veinticuatro horas del día serían suficientes para todo: comer, trabajar, reposar y pasear; y esto era lo que pensaba hacer Slade durante las cuatro semanas que, como mínimo, pensaba permanecer allí.

Detuvo el coche, se apeó y contempló el edificio durante unos momentos, con las manos en los costados. Luego sacó la llave y la hizo saltar en la palma de la mano.

Su amigo Hugh Markhane, que comprendía bien sus necesidades, era el que se había encargado de todos los trámites precisos para conseguirle el alquiler de Mill's House, que tal era la denominación de la residencia.

Según le había dicho Markhane, la casa era propiedad de una tal señora Broxthall, la cual le había remitido la llave, anunciándole, además, que la residencia se hallaba en perfectas condiciones de uso y que podía ser habitada en cualquier momento. Markhane le había anunciado también el importe del alquiler, cantidad que Slade había aceptado sin más regateos, añadiendo de paso que cuando estuviese instalado en Mill's House, ya se presentaría un representante de la señora Broxthall para cobrar dicho alquiler.

El siguiente paso que Slade debería dar, una vez instalado, sería contratar los servicios de una mujer que le hiciese la limpieza una vez al día. Por el asunto de la comida no se preocupaba; era hombre de gustos sencillos y él mismo se prepararía lo necesario para el sustento.

La población estaba cerca, a dos kilómetros y medio. Para pasar el resto del día y la noche próxima, llevaba una bolsa con alimentos en el portamaletas del coche. Confiaba en que Mill's House dispusiera de este elemento indispensable hoy en toda casa llamado frigorífico.

Avanzó hacia el edificio, subió al pequeño porche insertó la llave en la cerradura. Al hacerla girar, se oyó un chirrido nada agradable, que causó una ligera crispación en la epidermis de Slade.

Empujó la puerta y se halló en un vestíbulo decorado con arreglo a la moda del siglo pasado. Una escalera arrancaba al otro lado de la puerta y conducía al piso superior.

Todo se veía en orden, pero la casa olía ha cerrado. Slade pensó que convenía un poco de ventilación. Los muebles, tal vez de línea actual por anticuados, parecían hallarse en buen estado.

A derecha e izquierda se divisaban sendas puertas. Otra, al fondo, supuso debía dar a la cocina y habitaciones del servicio.

Abrió la puerta de su derecha y contempló el salón desde el umbral. Había una excelente chimenea, en la cual pensó con agrado para caso de una repentina bajada de temperatura, ya que el tiempo, en aquella primavera, no se mostraba todavía demasiado seguro.

La puerta opuesta daba a un salón comedor, decorado casi con lujo. Lo que más le agradaron fueron los dos grandes candelabros que decoraban la gran mesa de caoba, de espejeante superficie. Poco estaría allí, pensó mientras cerraba de nuevo.

Subió al piso superior. Quería inspeccionar su dormitorio.

Al llegar arriba, vio cuatro puertas, una de ellas a su izquierda, muy cerca del arranque de la escalera. Abrió la que tenía al frente.

El dormitorio era muy grande y la cama le pareció desmesurada para él. Además, no le gustaba dormir bajo un dosel sostenido por cuatro columnas de estilo salomónico.

Visitó el siguiente dormitorio. Era algo más pequeño y la cama tenía una apariencia normal. Mentalmente eligió aquella pieza para pernoctar.

Volvió sobre sus pasos. Había dejado abierta la puerta del dormitorio principal y entonces le pareció ver una silueta humana.

El corazón le golpeó locamente en el pecho. Asomó la cabeza y se rió de sí mismo. No había ningún fantasma en el dormitorio. Era solamente un cuadro, reflejado en el espejo de un antiguo tocador, que se veía desde la puerta y en la cual apenas si había reparado antes. Ahora, visto a través del espejo y desde una posición nueva, caminando, además, la persona retratada le había dado una fugaz sensación de movimiento que, naturalmente, no existía.

Contempló el cuadro.

Representaba a una mujer joven, muy bella, de líneas supuestamente esculturales, que se hallaban veladas por sus flotantes ropajes blancos. El pelo era de color rubio, muy claro, y pendía suelto sobre los hombros. En la mano derecha tenía una mano roja.

Posiblemente el artista no sería una firma reconocida mundialmente, pero había sabido captar una sensación de vida tal en la mujer retratada, que parecía iba a salirse del cuadro de un

momento a otro. Las pupilas azules miraban a Slade con extraña expresión, la cual se acentuaba por la ligera, imperceptible sonrisa que flotaba en sus rosados labios.

«En vida debió de volver locos a los hombres», murmuró Slade, pensando que estaba ante la efigie de la dueña de la casa, captada en el esplendor de su radiante juventud.

Abandonó el dormitorio y pasó al siguiente, análogo al que había decidido ocupar. Al no ver nada de importancia, decidió examinar el último cuarto.

Abrió la puerta y entonces fue cuando se encontró con el cadáver.

Durante unos segundos, Lamont Slade permaneció con la mano en el pomo de la puerta, inmóvil, la respiración en suspenso y el corazón locamente alborotado. Un muerto —y a tiros, además—, era lo último que habida soñado hallar en Mill's House.

El cadáver pertenecía a un hombre de mediana edad, pelo entrecano, con grandes entradas en la frente y estatura algo inferior a la suya. En el centro del pecho se veían claramente los dos orificios de los proyectiles que habían causado su salida violenta de este mundo.

Durante unos segundos, Slade permaneció inmóvil, tratando de coordinar sus ideas. ¿Qué hacer?

Se trataba de un crimen, no cabía la menor duda. Lo lógico en un caso semejante era avisar a la policía.

¿Había policía en Ardmore? Tratábase de una pequeña población, una aldea, en realidad, bastante alejada de otros centros urbanos de mayor entidad. ¿Quién se cuidaba de guardar el orden en Ardmore?

Reaccionó. En la aldea le dirían qué debía hacer, caso de no haber policía. Pero no podía permanecer quieto con un cadáver en la casa.

Era un serio contratiempo, se dijo mientras cerraba cuidadosamente. Había venido allí para hacer dos cosas fundamentales: descansar y trabajar sin interferencias. Las perspectivas que se le presentaban no podían ser menos satisfactorias.

Descendió a la planta, salió al porche y cerró con llave. Por fortuna, Ardmore estaba a unos dos kilómetros y medio tan solo.

Recorrió aquella distancia en dos minutos. A su llegada, había soslayado el paso por Ardmore, tomando un atajo, señalado por su amigo, que le había llevado directamente a Mill's House. Ahora podía ver que Ardmore era poco más que una calle relativamente ancha, compuesta por casas de planta y piso casi todas ellas y con el clásico tejado de pizarra propio de la comarca.

De pronto, divisó un rótulo que le llenó de alegría: «POLICE». Detuvo el coche, cortó el encendido y saltó fuera.

Abrió la puerta de lo que parecía ser jefatura o comisaría de policía. Desde el umbral vio a dos hombres jugando tranquilamente a las cartas, a ambos lados de una mesa de trabajo.

Uno de ellos era bastante grueso, casi calvo y de aspecto socarrón. Vestía uniforme azul, con botones dorados, el cual tenía desabrochado en aquel momento. Indudablemente, pensó Slade, era el policía local, acaso el único agente de la Ley en Ardmore.

El otro hombre parecía más alto y era delgado y de rostro chupado. Sus ojos negros, profundamente hundidos en las cuencas orbitarias, contemplaron a Slade con silencioso interés.

—Caballero... —dijo el de uniforme.

Slade cruzó el umbral.

—Dispensen que interrumpa —dijo—. Me llamo Slade, Lamont Slade, y vengo de Mill's House. Quiero denunciar el asesinato de una persona, cuyo cadáver acabo de encontrar en aquella casa.

Los dos hombres no parecieron impresionarse demasiado por aquella que Slade creía sensacional declaración.

—Un asesinato, ¿eh? —rezongó el policía.

—Sí. Está muerto de dos balazos. Al menos, eso es lo que he apreciado a simple vista porque, naturalmente, no he querido tocar nada del escenario del crimen —declaró Slade.

El policía se puso en pie calmadamente.

—Soy Burgner —se presentó—. El señor Cromiss, alcalde de Ardmore, señor Slade.

—Mucho gusto, caballeros. Señor Burgner, ¿querrá venir conmigo a Mill's House para hacer una inspección ocular del teatro del crimen?

Burgner alzó una mano pomposamente.

—Vayamos por partes —dijo—. Antes de hacer nada, quiero formularle algunas preguntas, señor Slade.

—Contestaré con mucho gusto —dijo el aludido.

—En primer lugar, ¿qué hace usted en Ardmore?

—En Mill's House, mejor dicho —corrigió el alcalde.

Slade oyó la voz de Cromiss por primera vez y se estremeció. Era una voz áspera, chirriante, desagradable.

—Sí, alcalde —convino Burgner—. Tiene usted razón. ¿Qué hacía en Mill's House?

—Es una casa abandonada desde hace algunos años —señaló Cromiss.

—Lo sé, pero me la alquiló su propietaria —dijo Slade—. Soy químico y estoy terminando de desarrollar unos trabajos de investigación, sobre el papel, naturalmente. El médico me dijo que podía hacerlo, siempre que buscara un lugar sano y retirado, y elegí Mill's House por mediación de un amigo que conoce bien estos parajes. Vine esta misma tarde, entré en la casa y al recorrerla para hacerme cargo de su distribución interior, me encontré con el cadáver. Eso es todo, agente —concluyó el forastero.

—De modo que químico, ¿eh? —murmuró Burgner.

—En efecto. Pueden pedir informes míos a la British & Intercontinental Chemical, que es la empresa para la cual trabajo. Su presidente, lord Philbourne...

Burgner alzó la mano.

—Solicitaremos esos informes a su debido tiempo, señor Slade. Ahora, por favor, díganos usted cómo alquiló Mill's House.

—En realidad no la alquilé yo. Lo hizo mi amigo, quien me entregó la llave, diciéndome que la casa estaba en perfectas condiciones y que la dueña enviaría a un representante para cobrar el importe del alquiler.

—De modo que la dueña enviará a un representante a cobrar el alquiler —repitió el policía.

—Así es. La señora Broxthall...

De nuevo Burgner interrumpió al forastero:

—Dudo mucho de que la señora Broxthall pueda hacer eso que usted ha dicho, porque murió hará pronto cuatro años —manifestó tranquilamente.

CAPÍTULO II

Durante unos segundos, Slade permaneció inmóvil, con la boca abierta, mirando alternativamente a los dos hombres. Burgner y Cromiss, a su vez, le contemplaban con toda seriedad.

—Pero mi amigo... —exclamó Slade al cabo.

—Su amigo pudo sufrir un error —cortó Burgner.

—Querrá decir el abogado de la señora Broxthall —insinuó Cromiss.

—Mi amigo dijo lo que dijo... y me lo dijo por escrito —manifestó Slade malhumoradamente.

—¿Tiene la carta? —preguntó el policía.

—No. La rompí. Ya no me servía para nada...

—Sin duda leyó mal o su amigo se expresó incorrectamente —dijo Cromiss con suavidad—. ¿Cómo dijo que se llama?

—No lo he dicho todavía. Su nombre es Hugh Markhane, alcalde.

—¿Nacido en Ardmore?

—Bueno, la verdad es que no me he preocupado mucho de ese problema. Hugh y yo trabajamos juntos y cuando hablé de vivir unas semanas en soledad, él mismo mencionó Mill's House. Supongo que, si no nació aquí, debió de vivir durante algún tiempo.

Los dos hombres se miraron.

—¿Ha oído mencionar alguna vez el apellido Markhane, alcalde? —preguntó el policía.

—No. ¿Y usted, Burgner?

—Tampoco. La verdad, Ardmore no es una población tan grande como para no conocer los apellidos de todos sus moradores.

—Como sea, Markhane me indicó Ardmore y Mill's House —exclamó Slade con gran vehemencia—. Y si no me creen, telegrafíenle a la British...

—Ya mencionó antes esa compañía —le interrumpió Burgner

una vez más—. Comprobaremos ese extremo señor Slade, descuide usted. Ahora bien, una cosa es cierta: Mill's House está cerrada desde que su dueña, la señora Broxthall, murió hacia cuatro años.

—Tendrá herederos —alegó Slade.

—Ninguno. Nadie ha aparecido hasta ahora a reclamar esa propiedad.

—El molino también pertenece a la casa —terció Cromiss.

—¿Y quién se cuida de la limpieza interior? —preguntó Slade. Porque la casa se encuentra en un impecable estado de presentación...

—Que yo sepa, nadie del pueblo ha ido a pasar un paño por los muebles —aseguró Burgner—. ¿Cómo iba a ir ninguna persona, si no teníamos la llave? ¿Sabe usted de alguien encargado de la limpieza de Mill's House, alcalde?

—Posiblemente el abogado de la señora Broxthall lo haya encargado a algún forastero —sugirió Cromiss—. Para ir a Mill's House no es necesario pasar por Ardmore.

—Quizá una mujer de Leach Town —apuntó Burgner—. Leach Town es la capital del condado y está a unos veintitantos kilómetros de distancia.

—En un cochecito podría ir y venir fácilmente esa mujer de la limpieza. Bastaría hacerlo una vez al mes, para mantener la casa en buen estado —agregó Cromiss.

Slade se preguntó si aquellos dos hombres se burlaban de él. Hablaban muy seriamente, demasiado seriamente.

—¿Qué me dicen del abogado de la señora Broxthall? —preguntó.

Burgner se encogió de hombros.

—Yo no sé nada. ¿Y usted, alcalde?

—Se lo preguntaré al viejo Thomas —dijo Cromiss—. Hace muchos años, Thomas era el jardinero de Mill's House. Formaba parte de la servidumbre, pero abandonó el cargo antes del fallecimiento de la señora Broxthall.

—¿Qué fue de los demás sirvientes? —quiso saber Slade.

—Ninguno era de Ardmore. Se dispersaron apenas murió la señora —contestó el policía.

—Bien —dijo Slade—, el caso es que se ha cometido un asesinato. En Mill's House hay un hombre muerto a tiros. Es preciso

investigar el suceso.

Burgner se abotonó pomposamente la guerrera de uniforme y luego se caló la gorra.

—¿Quiere acompañarme, alcalde? —invitó.

—Con mucho gusto, Burgner.

—Les llevaré en mi coche —dijo Slade.

Salieron a la calle. Slade dio la vuelta para abrir la portezuela.

En aquel momento, un hombre se cruzó con ellos. Slade sintió un escalofrío.

¿Era el muerto o se trataba de un caso de sorprendente semejanza?, se preguntó.

El individuo continuó su camino. Slade se había convertido en una estatua, con la mano crispada sobre la manija de la portezuela.

—¿Le sucede algo, amigo? —preguntó Burgner.

El hombre que se parecía tanto al cadáver dobló una esquina próxima y se metió por una callejuela cercana. Cromiss dijo:

—Señor Slade, está usted muy pálido. Diríase que ha visto a un difunto resucitado.

—Pues...

Slade prefirió callar.

Tal vez era una ilusión de sus sentidos. No, el muerto estaba bien muerto. Además, la cara de una persona asesinada a balazos cambiaba notablemente. Se trataba, decidió por fin, de una mera coincidencia.

Sentóse tras el volante y dio media vuelta a la llave del encendido.

Momentos después, detenía el coche frente a la casa. Los tres hombres se apearon del vehículo.

—¿Dónde encontró usted el cadáver, señor Slade? —preguntó Burgner.

—Arriba, en la habitación que hay apenas se dobla la esquina del remate de la escalera.

—Muy bien, vamos a verlo.

Slade entregó la llave al policía. Éste abrió y cruzó el umbral.

—Es cierto —comentó—. La casa está muy limpia.

—El abogado de la difunta señora Broxthall debe de ser un hombre muy puntilloso —observó el alcalde—. Sin duda, querrá sacar de la propiedad el mayor provecho posible. Para los

herederos, claro.

Burgner encabezaba la comitiva. Slade iba en medio. Cromiss cerraba la pequeña procesión.

Burgner llegó arriba y abrió la puerta del dormitorio señalado por Slade. Miró un instante a través del hueco y luego se volvió hacia el forastero.

—¿Está seguro que es aquí donde vio el cadáver? —preguntó.

—Segurísimo. Se ve desde el umbral. Ni siquiera llegué a cruzarlo...

Burgner meneó lentamente la cabeza.

—Temo que vio visiones, amigo Slade —manifestó con tranquilo acento—. Aquí no hay ningún cadáver.

Cromiss palmeó la espalda de Slade y dijo:

—Ea, muchacho olvide sus fantasías y descanse. Su médico tenía razón; sus nervios están un poco alterados y le jugaron una mala pasada, eso es todo.

—Hemos revisado la casa del tejado a los cimientos —agregó Burgner—. El muerto no ha aparecido.

Slade estaba a punto de explotar.

Sólo un último resto de cordura le impidió llegar al estallido verbal.

—Tal vez —dijo con risita de conejo—. Es muy posible que todo haya sido una sugestión mía.

—La casa es muy antigua —declaró Cromiss—. La decoración le impresionó, sin duda.

—Parece propia de una película de suspense —comentó Burgner sonriendo.

—Siento haberles molestado... —se disculpó Slade.

—Nada, nada, hombre. —La mano de Cromiss se movió de nuevo sobre las espaldas del forastero—. Para eso estamos aquí, naturalmente.

—Y nos halaga que eligiese la comarca para su cura de nervios —añadió Burgner con gran cortesía.

—Nosotros nos vamos —dijo el alcalde—. Si necesita algo, ya sabe dónde nos tiene a su disposición, amigo Slade.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Slade caminó tras ellos.

—¡Ah! —dijo Burgner de pronto, volviéndose hacia el inquilino

—. Supongo que necesitará una mujer para las faenas caseras.

—Desde luego.

—Le enviaré una, discreta y competente. ¿A qué hora le parece...?

—A las ocho estará bien —contestó Slade—. Por favor, no se olvide de interrogar a ese Thomas sobre el abogado de la señora Broxthall.

—Por supuesto. Que descanse, señor Slade.

—Buenas tardes, señor Slade —se despidió Cromiss.

El forastero se quedó solo. Cromiss y Burgner habían manifestado que volverían a pie a la aldea.

¿Era cierto que había visto visiones?, se preguntó.

Los pensamientos más contradictorios se albergaban en su mente. ¿Y si el supuesto muerto era un ladrón?

«Supongamos que mi llegada le sorprendió y no tuvo tiempo de escapar. Entonces, se tendió en el suelo y se hizo el muerto... ¿pero, cómo imitó los sangrientos agujeros de los balazos?, pensó».

Luego recordó al hombre tan parecido al difunto. «¿Por qué no lo habré dicho en aquel momento?», se dijo disgustadamente.

Sus nervios no estaban tan mal como para no saber distinguir las cosas. ¿Y si se trataba de una broma pesada?

¿Había alguien que quería divertirse a costa suya?

Luego recordó otro detalle.

Markhane le había dicho —y de ello estaba bien seguro—, que la casa había sido alquilada por la dueña en persona. Su amigo no había hablado en absoluto de un abogado, administrador de la propiedad.

Hugh había escrito bien claro el nombre de la señora Broxthall, propietaria de Mill's House. Y ahora resultaba que la tal señora Broxthall había muerto cuatro años antes.

En alguna parte había un error y no sabía encontrarlo.

«He alquilado una casa con cadáver —pensó amargamente—. Y ahora el cadáver no aparece».

Quizá, en medio de todo, era una circunstancia afortunada, se consoló, mientras cruzaba el jardín para sacar el equipaje del coche y llevarlo a la casa.

Cenó sobriamente y después de fumar pensativamente un par de cigarrillos, decidió acostarse.

El médico le había recomendado que durmiese con la ventana abierta, siquiera fuera una rendija. Slade siguió el consejo.

Apagó la luz. La noche era clara, aunque no había luna. Desde el dormitorio podía percibir el monótono sonido de la rueda del molino, girando sin cesar, impulsada por el pequeño salto de agua que le proporcionaba su fuerza motriz.

«Un molino que no muele nada... salvo el tiempo», pensó melancólicamente. Y luego, poco a poco, arrullado por aquel ruido monocorde, acabó por dormirse.

Despertó de pronto, horas más tarde, sobresaltado por algo que no sabía definir. Era un cambio en su situación, que obedecía a causas no identificables por el momento.

¿Qué le había despertado?

El silencio era absoluto, total. No se percibía el menor sonido. Ni siquiera se oían cantos de grillos.

De repente, Slade lo adivinó.

¡La rueda del molino había dejado de girar!

Slade se sentó de golpe en la cama. ¿Era una ilusión de sus sentidos?

Se golpeó la cara un par de veces, se pellizcó... Sí, estaba, perfectamente despierto.

Saltó de la cama, se calzó las zapatillas y envolvió su cuerpo en la bata. Luego asomó medio cuerpo por la ventana.

El rumor del arroyo era apenas audible. Sonaba de un modo muy distinto a como cuando hacía mover la aceña.

¿Quién había desengranado la rueda de paletas para que quedase inmóvil?

De súbito, cuando más preocupado estaba por aquel inexplicable suceso, oyó ruido de pasos por el corredor.

CAPÍTULO III

Los pasos sonaban lentos, espaciados, casi majestuosos. Slade sintió que la frente se le cubría de un sudor helado.

Venciendo sus temores, se lanzó hacia la puerta de la estancia y la abrió de golpe. La casa estaba completamente a oscuras. No se veía absolutamente nada.

Una puerta se cerró a corta distancia. Slade notó que un escalofrío de miedo recorría su espalda.

De repente, se reprochó a sí mismo su miedo.

—Tonterías, no hay fantasmas —gruñó.

Y buscó el interruptor de la luz.

Pero las lámparas no se encendieron.

Frunció el ceño. ¿Algún defecto en la instalación eléctrica?

Corrió a la cabecera de la cama. El interruptor de aquel punto funcionó en vano igualmente.

Slade recordó que tenía fósforos en uno de los bolsillos de la bata. Encendió uno y aplicó la llama a una de las velas del candelabro de cuatro brazos que había sobre la mesilla de noche.

Al terminar de encender las cuatro velas, sopló el fósforo y lo apagó, dejándolo sobre el cenicero. Luego empuñó el candelabro con mano firme. Era grande, pesado, artísticamente labrado.

Se quedó tal como estaba, con el candelabro en la mano, rígido como una estatua, helado de horror.

En aquel momento, Slade estaba dispuesto a admitir muchas cosas: visiones, sonidos que sonaban dentro de su cerebro... pero de algo estaba absolutamente seguro.

Seguro hasta el extremo de haber puesto una mano en el fuego para defender su afirmación.

¡Porque el candelabro que ahora tenía en la mano no estaba sobre la mesilla de noche en el momento de acostarse!

Lentamente, fue recobrando la serenidad.

Sí, una broma... un conjunto de bromas, ideadas por algunos pueblerinos aburridos, ávidos de divertirse a costa de un tipo llegado de la capital a curarse los nervios.

Se lo habían puesto mientras dormía, no cabía la menor duda. Y lo más probable era que los autores de la broma fueran Cromiss y Burgner.

—Deben de estar muriéndose de risa ahora —masculló.

Pero había oído pasos y ruido de una puerta que se cerraba. Salió del dormitorio y se dirigió al contiguo, seguramente el que la señora Broxthall había ocupado habitualmente en vida.

Abrió la puerta. La estancia se hallaba absolutamente en orden.

¿En orden?

Había algo anormal. Trató de buscar la anormalidad.

De pronto, la encontró. Sus cabellos se erizaron de pánico.

Fijó la vista en el cuadro, donde faltaba la mujer retratada.

Lentamente, procurando dominar al castañeteo de sus dientes, se acercó al cuadro y pasó las yemas de los dedos por la tela.

El resto del cuadro estaba bien, con la decoración que senda de fondo a la pintura. Pero faltaba la mujer.

Estiró el dedo índice y lo acercó a la llama de una de las velas. Se quemó y lanzó una maldición. No había duda, estaba despierto.

Parecía como si la mujer pintada hubiese cobrado vida de repente y hubiese abandonado la tela, dejando en su lugar un hueco en blanco, cuyos contornos correspondían exactamente a la silueta. Acometido de un terror inexplicable, Slade dio media vuelta y se refugió en su dormitorio.

Abrió los ojos. Un rayo de sol penetraba con fuerza a través de la ventana abierta. El tiempo se anunciaba espléndido.

Slade bostezó aparatosamente. Luego se sentó en la cama.

Recordaba perfectamente los acontecimientos ocurridos durante la víspera.

¿Había soñado?

No, en absoluto. Alguien trataba de divertirse a su costa, era la única respuesta viable a cuánto le había ocurrido por la noche.

Volvió los ojos hacia la mesilla de noche. El candelabro había desaparecido.

Sonrió al probar la luz. Funcionaba de nuevo.

—Una buena broma —se dijo, mientras saltaba del lecho y se

acercaba a la ventana, para respirar el aire puro del campo a pleno pulmón.

La gran rueda del molino giraba de nuevo. Bien, alguien la había puesto en marcha otra vez.

Después de hacer unas cuantas flexiones para desentumecerse, fue al cuarto de baño y se aseó. Luego de haberse vestido, sintió hambre.

Salió del dormitorio y oyó ruido en la planta baja.

—De nuevos las bromas —masculló disgustadamente, mientras descendía la escalera. Tendría que decir a los bromistas que ya era hora de que le dejaran en paz.

Avanzó hacia la fuente del ruido y llegó a la cocina. Una mujer alta, membruda, de pelo negro, recogido en un moño muy tirante, trasteaba con los cacharros. Se hallaba de espaldas a él y no se había dado cuenta aún de su presencia.

Slade tosió.

—¡Ejem! ¡Buenos días...!

La mujer se volvió y le miró con unos ojos de pupilas singularmente claras. Sus facciones eran duras y, al mismo tiempo, inexpresivas. Slade calculó que pasaba sobradamente de los cuarenta años.

Ella esbozó un asomo de sonrisa. Slade sonrió también.

—Buenos días, señora.

La mujer se secó las manos rápidamente. Luego avanzó hacia la mesa de la cocina, tomó un papel y se lo entregó en silencio a Slade.

Asombrado, el joven leyó lo que había escrito en el papel:

«Dispense que no le hable, señor Slade. Soy muda, aunque puedo oírle perfectamente. Me siento muy satisfecha de estar a su servicio. Celebraré que tenga una grata estancia en Mill's House. Soy la señora Murphy, pero puede llamarme Ethel. Gracias».

Slade emitió una sonrisa de circunstancias. Hizo un signo de asentimiento y dijo:

—Bien, estaré en el salón, Ethel. Lléveme el desayuno cuando lo haya preparado.

La señora Murphy movió la cabeza afirmativamente.

Por la noche, había dejado cerrada la puerta principal con llave. ¿Cómo diablos había entrado la señora Murphy en la casa?

Carraspeó de nuevo.

—¡Ejem...! ¿Ethel?

La mujer se volvió y le miró con interés.

—¿Puede decirme quién le ha abierto la puerta? —preguntó Slade.

Ethel asintió. Luego se dirigió hacia la mesa, donde había lápiz y una libreta de papel y escribió algo rápidamente. Al terminar, entregó la libreta a Slade, quien leyó:

«Llamé un par de veces, pero no contestó nadie. Usted debía dormir profundamente, sin duda. Tanteé el pomo de la puerta y pude abrir sin dificultad, pues no estaba echada la llave».

Slade volvió a emitir una sonrisita de conejo.

—Gracias, Ethel.

Y salió de la cocina, más perplejo que nunca.

—A lo mejor no, no es cierto que yo echase la llave a la puerta —dijo a media voz, hablando consigo mismo.

Luego sonrió para sus adentros.

—Una sirvienta muda, qué maravilla. De este modo, uno no tiene necesidad de soportar sus charlas insulsas y provocadoras de jaquecas...

Ethel le trajo el desayuno minutos más tarde, preparado con arte y eficiencia. Mientras tomaba la primera taza de té del día, Slade pensó en cuanto le había sucedido la víspera.

El cadáver desaparecido, la rueda del molino desaparecida, las luces de la casa apagadas, el candelabro que alguien había puesto en su mesilla, el ruido de pasos, el cuadro que había perdido a la retratada... ¿Quién se estaba divirtiendo a su costa?

Terminó de desayunar y, en vista del espléndido tiempo que reinaba decidió dar un paseo por el campo. Se tumbaría bajo un árbol, con un libro... Por cierto, ¿dónde había visto libros? Ah, sí, en el otro salón.

Cruzó el vestíbulo. En la sala del lado opuesto había una librería

con abundancia de volúmenes. Encontraría alguno que le agradase. El trabajo podía esperar.

Abrió la puerta y dio un paso a través del umbral.

El cuadro había perdido a la dama retratada y se comprendía, porque Slade la tenía ahora frente a sí, a un par de metros de distancia, contemplándole con una cortés sonrisa en los labios.

Pero la mujer que tenía frente a sí estaba viva, era real, de carne y hueso. Además, vestía de muy diferente manera, de acuerdo con los cánones de la moda actual: blusa azul fuerte, de manga corta, y falda pantalón, de color granate muy oscuro, y cuyo borde inferior terminaba a quince centímetros de las rodillas, dejando ver un par de piernas preciosas.

—Hola —saludó ella con voz de timbre agradable.

—Hola —dijo Slade—. ¿Quién es usted, si no le importa decírmelo?

—Mi nombre es Joyce Byard —contestó la muchacha—. Usted es Lamont Slade, supongo.

—Así es, en efecto. ¿Quién se lo ha dicho, señorita Byard?

—La señora Murphy. Hablé con ella al llegar a Mill's House... Bueno —rió Joyce—, eso de hablar es una frase correcta solamente a medias.

—Sí, claro. Por favor, señorita, ¿le importaría decirme qué hace aquí?

—En absoluto. Investigo, señor Slade.

—Investiga, ¿qué?

—Mis derechos a Mill's House.

Slade parpadeó.

—¿Cómo? ¿Es la heredera de la propiedad?

—Así lo creo yo, aunque, de momento, no poseo documentos que lo prueben. Creo que los encontraré aquí, en esta biblioteca.

—Tengo entendido que la dueña, señora Broxthall, falleció sin dejar herederos.

—Así es. No tuvo hijos en su matrimonio, aunque sí tuvo un esposo, como es lógico —contestó Joyce.

—¿Y usted es pariente del esposo?

—Sobrina. Hija de una hermana. Los bienes del matrimonio eran comunes. Naturalmente, al morir el señor Broxthall en primer lugar, su esposa heredó todos los bienes. Pero cuando ella murió y no se

presentó nadie a reclamar la herencia, ésta debe pasar a los parientes más próximos, bien del esposo, bien de la esposa.

—Comprendo.

—Mi madre me habló de que su hermano, James Broxthall, le había mencionado un testamento ológrafo, suscrito por ambos cónyuges. Ése testamento no ha aparecido todavía y mi madre me apuntó la posibilidad de que estuviese aquí.

—Entonces, usted no es la heredera de Mill's House, sino su madre —alegó Slade.

—Bueno —sonrió la muchacha—, antes dije mis derechos de una forma tópica. Sí, la heredera es mi madre y ella me encargó que hiciese las pesquisas necesarias para establecer definitivamente sus derechos a la herencia.

—Si aparece ese testamento, tal vez pudieran llevarse ustedes un chasco —comentó Slade.

Joyce hizo un gesto de resignación.

—Somos los parientes más próximos de la difunta —contestó. Tendríamos que acatar la voluntad de los testadores, pero, si no aparece, haríamos la reclamación por vía legal. No creo que apareciese nadie capaz de impugnar nuestros derechos.

—Es muy posible, pero... ¿por qué han tardado tanto tiempo en reclamar la herencia? —quiso saber Slade.

—Verá, en primer lugar, considerábamos que debía de haber otros familiares de la señora Broxthall con parentesco más cercano que el nuestro. Luego, a decir verdad, la propiedad no es cosa de excesivo valor, aunque tampoco sean de desdeñar los cientos de libras que pueda valer todo en conjunto. Y la verdad, si no somos ricos, tampoco andamos agobiados por falta de dinero.

—Comprendo. De todas formas, señorita Byard, esta casa tiene más valor de lo que parece. Los muebles son antiguos y se hallan en magnífico estado. Luego la propiedad comprende una buena extensión de terreno...

—Sí, lo sé —sonrió Joyce—. Y el paisaje es estupendo, de modo que, en conjunto, no nos disgustaría convertirnos en propietarias de Mill's House. En fin, todo depende del testamento, señor Slade.

—Sí, claro —convino el joven—. Bien, no quiero continuar molestándola más. Hasta luego, señorita.

—Adiós.

Slade abandonó la sala. Estuvo unos instantes parado y luego, de repente, echó a correr hacia el piso superior.

Llegó al dormitorio principal y abrió la puerta. Dirigió la vista al cuadro y...

La dama del pelo rubio y el vestido blanco había vuelto a ocupar su puesto en la tela pintada.

CAPÍTULO IV

Slade se paseó lentamente por los alrededores de la casa, profundamente conturbado por cuanto sucedía. Casi sin darse cuenta, se encontró en las inmediaciones del molino.

La rueda continuaba girando monótonamente, impulsada por el pequeño salto de agua que proporcionaba a la corriente la suficiente fuerza motriz para voltear el artefacto. El eje chirriaba con monótonas y regulares alternativas y dentro del viejo molino se oían ruidos de maquinaria en no muy buen estado.

Alguien había parado la rueda durante la noche. ¿Cómo lo había hecho?

El mecanismo no podía ser más sencillo: una compuerta que se subía y bajaba mediante una rueda horizontal, que movía un tornillo de numerosas vueltas de rosca. En aquel momento, la compuerta estaba subida y el agua golpeaba con fuerza las paletas de la aceña.

Un puente, con barandilla protectora en uno de sus lados, cruzaba el arroyo en aquel lugar. Parte del lecho estaba canalizado, de modo que el agua corría o no hacia la rueda, según las necesidades del momento. Slade, de repente, decidió hacer una prueba.

Empezó a dar vueltas a la rueda y la compuerta, de recias planchas de hierro, empezó a descender gradualmente a lo largo de dos ranuras metálicas, sólidamente incrustadas en los pilares de mampostería. El agua, a medida que era contenida, se desviaba por el lado izquierdo del canal y aumentaba la fuerza de la corriente.

Al bajar la compuerta por completo, el lecho del canal quedó en seco y la aceña detuvo su voltear. Slade sonrió satisfecho; alguien le había gastado esta broma durante la noche.

El fondo del canal era de cemento, moderno, en medio de la antigüedad de la construcción, observó Slade. A fin de cuentas,

pensó, no se podía olvidar que el molino debía de haber sido de utilidad en tiempos todavía próximos.

Levantó la compuerta de nuevo y el agua fluyó otra vez. La gran rueda de paletas reanudó su cansino volteo.

Slade decidió visitar el molino a continuación. Era una casa vieja, que había servido, además de vivienda, para los molineros. La puerta estaba medio desvencijada y faltaban un par de tablas.

La empujó a un lado. Una escalera de peldaños de madera conducía al piso siguiente. El

tran-tran

de la maquinaria sonaba trepidante en el interior del edificio. Slade examinó un par de habitaciones, en donde sólo quedaban algunos muebles viejos y a punto de deshacerse en polvo.

Luego vio una puerta. Supuso que debía dar a alguna escalera que conducía al último piso. La abrió. Estaba equivocado. Era un armario.

«Los armarios, pensó, son huecos destinados a contener cosas, entre ellas, cadáveres de personas».

El hombre estaba muerto, evidentemente. Se lo probó el mismo cadáver, apenas un segundo después de haber abierto, cuando se le vino encima y lo derribó al suelo sin poder evitarlo.

Slade se quitó al muerto de encima cómo pudo y se puso en pie. Dominando sus aprensiones, examinó al individuo.

Esta vez no había dudas de ninguna clase. Tocó sus mejillas, heladas, y pudo apreciar claramente el orificio de bala que tenía en el centro del pecho, uno o dos centímetros a la izquierda. La tela de la camisa estaba algo chamuscada, lo que indicaba que el disparo mortal se había hecho a poca distancia.

Slade comprobó que el muerto era más joven que el que había visto la tarde anterior. A su juicio, debía de contar unos treinta y cinco años en el momento de su muerte. Slade no entendía nada de medicina forense, pero estimó que el asesinato se había producido hacía bastantes horas.

¿Durante la noche? En tal caso, ¿cómo no había oído el disparo?

«Hay pistolas con silenciador», pensó.

Y luego decidió que aquel muerto no se lo robarían.

—No, señor. Burgner y el alcalde tienen que verlo —exclamó en alta voz, aunque estaba solo.

Abandonó el molino y corrió hacia la casa. Abrió la puerta y lanzó desde la entrada un poderoso grito:

—¡Señorita Byard!

Joyce apareció instantes después en la puerta de la biblioteca.

—¿Qué le sucede, señor Slade? —preguntó.

—Haga el favor de venir, se lo ruego.

Joyce fijó la mirada en el joven y presintió que ocurría algo grave. Hizo un signo con la cabeza y avanzó hacia la salida.

—Hay un muerto en el molino —declaró Slade sin más rodeos, apenas Joyce hubo cruzado el umbral—. Asesinado de un balazo en el corazón.

—¡Oh! —dijo la muchacha, atónita—. Pero ¿cómo...?

—Eso es lo que yo quisiera saber, señorita Byard. Lamento darle este mal rato, pero quiero que vea el cadáver y que atestigüe que está allí.

—¿Le interesa mucho? —preguntó Joyce.

—Por supuesto. Ayer vi otro cadáver y luego desapareció. Dijeron que yo había visto visiones, ¿comprende?

—Le tomaron por loco, vamos.

—En efecto. No negaré que parte de los motivos de mi estancia en Mill's House se deben a una cura de reposo, pero no estoy loco, ni mucho menos. Últimamente había trabajado con bastante intensidad, eso era todo.

Llegaron al molino. Slade condujo a Joyce hasta la estancia donde había hallado el cadáver.

Al verlo de nuevo, exhaló un penetrante suspiro de alivio.

—¡Menos mal! ¡Este muerto no me lo han robado! —exclamó.

Joyce estaba muy pálida, aunque procuraba dominarse. Contempló el cadáver durante unos instantes y luego volvió la cabeza.

—Qué... ¿qué quiere que haga? —preguntó.

—Yo voy a Ardmore, a denunciar el hecho. Solamente deseo que, aunque sea fuera del molino, vigile para que nadie se lleve el cadáver.

—Está bien, lo haré con mucho gusto. Pero ¿por qué se llevaron el otro muerto?

Slade demoró la respuesta. ¿Había sido un muerto auténtico el que había visto la víspera? ¿No se trataba de una broma?

—Supongo que querrían enterrarlo en algún lugar desconocido —contestó al cabo—. Salgamos, por favor.

Momentos después, estaban fuera de nuevo. Entonces, Slade dijo:

—Solamente son cinco kilómetros entre ir y volver. Estaré de vuelta en pocos minutos.

—De acuerdo. No tarde más que lo justo, se lo ruego —pidió Joyce. Hizo un esfuerzo por sonreír—. No estoy acostumbrada a los asesinatos —añadió.

—A mí me sucede lo mismo —contestó él. Y se lanzó a la carrera en busca de su automóvil.

Burgner, el policía local, alzó la vista al oír el ruido de la puerta de su oficina y sonrió al reconocer a su visitante.

—¿Qué tal, señor Slade? —saludó—. ¿Ha pasado buena noche?

—No puedo quejarme, señor Burgner —contestó el joven, muy serio—. He venido a decirle una cosa.

—¿Sí? Bien, adelante, muchacho —dijo el policía con acento de benevolencia—. ¿Supongo que no irá a decirme que ha encontrado un segundo cadáver en Mill's House?

—Pues... sí, eso mismo quería decirle. He encontrado otro cadáver, aunque no en la casa, sino en el molino.

Burgner dejó de sonreír.

—No me gustan las bromas, señor Slade —dijo en tono casi hostil.

—Le aseguro que no es una broma. Esta vez —exclamó Slade triunfalmente—, tengo un testigo.

—¿De veras? Siendo así, la cosa cambia. ¿Tiene el coche afuera?

—En efecto.

Burgner se puso en pie. Requirió la gorra y salió de la oficina.

Momentos después, Slade lanzaba el automóvil a toda velocidad por el camino que conducía a Mill's House. Los dos kilómetros y medio fueron recorridos en noventa segundos escasamente.

Slade paró el coche en las inmediaciones del molino y saltó al suelo. Le extrañó mucho no ver a Joyce ante la entrada del molino, pero supuso que estaría al otro lado.

—¡Señorita Byard! —llamó a gritos.

Nadie le contestó. Slade llamó a Joyce un par de veces más, sin obtener la menor respuesta en ningún caso.

Empezó a sentir una vaga aprensión.

—Quizá esté dentro del molino —dijo.

Y se lanzó hacia la puerta, seguido del escéptico Burgner.

Subió las escaleras de dos en dos. Al llegar al sitio donde había dejado el cadáver, se detuvo como herido por el rayo.

—¿Está aquí? —preguntó Burgner socarronamente.

Slade guardó silencio un momento. La cabeza le daba vueltas.

De repente, dio dos pasos y abrió el armario.

—¡Está vacío! —exclamó.

—¿Qué esperaba? —dijo Burgner—. Hace muchos años que el molino está deshabitado.

—¡Pero es que el cadáver estaba aquí! —gritó Slade descompuestamente—. Me cayó encima, me derribó al suelo... Era un hombre joven, unos treinta y cinco años. Tenía un balazo en el corazón y hasta la camisa se veía chamuscada...

—Muy observador es usted —comentó el policía sarcásticamente—. Pero yo no veo nada aquí. Ningún cadáver, por supuesto.

—Dejé a la señorita Byard para que la vigilara. Ella lo vio también, créame, señor Burgner.

—¿Quién es esa señorita Byard? —preguntó el policía.

—Su nombre es Joyce y alega tener derechos a Mill's House —contestó Slade.

—¿Una heredera de la señora Broxthall?

—Sí, en efecto. Al menos, según me dijo ella.

—¿Cuándo vino, señor Slade?

—Me la encontré esta mañana en la biblioteca, después del desayuno. Supongo que llegaría mientras yo dormía... Me desperté muy tarde y...

—Si eso que dice es cierto, la señorita Byard debió llegar en automóvil. No hay otro medio de transporte —alegó Burgner.

—¡Es verdad! ¡En ese caso, el coche estará en las inmediaciones de la casa!

—Bien, vamos a comprobarlo —propuso el policía.

Salieron del molino. Burgner meneó la cabeza.

—Yo no veo otro coche que el suyo, señor Slade —dijo.

El joven calló un instante. Luego de repente, concibió una idea.

—¡Espere! —gritó—. Hay alguien en la casa que vio a Joyce. La señora Murphy está allí y confirmará mis palabras.

Burgner suspiró.

—Muy bien —dijo—. No quiero que los forasteros comenten que los representantes de la ley nos negamos a cooperar con los ciudadanos. El buen nombre de Ardmore es la constante preocupación de todos sus habitantes. ¿Vamos, señor Slade?

Avanzaron hacia Mill's House. Slade se dijo que la broma, si era tal, porque ya lo dudaba, estaba alcanzando límites inconcebibles.

Momentos después, entraban en la casa.

—¡Señora Murphy! —gritó Slade.

La mujer apareció instantes más tarde.

—Ethel —habló el joven—, quiero que nos diga una cosa. Esta mañana vino aquí una muchacha. Se llamaba Joyce Byard. Usted la vio y habló... perdón, ella habló con usted. Dígaselo así al señor Burgner, se lo ruego.

—Vamos, Ethel —dijo el policía—. Contesta a lo que te pide el señor Slade.

Ella movió la cabeza negativamente.

—¡Pero eso no es posible! —chilló Slade—. ¡Yo he visto a Joyce Byard! He hablado con ella. Joyce vio el cadáver. Se quedó en el molino para evitar que nadie se lo llevase... y ahora los han escondido a ella y al asesinado...

De pronto, se calló. Ethel y el policía le miraban con expresión conmisericordiosa. Slade adivinó que pensaban que era un demente.

—Insisto —dijo, procurando adoptar un tono más normal—. Joyce Byard me dijo que había hablado con usted, Ethel, y que usted le había dicho mi nombre.

De pronto, Ethel dio media vuelta y caminó hacia la cocina. Momentos después, volvía con su libreta en las manos.

Burgner cogió la libreta. Slade leyó por encima del hombro del policía lo que había escrito Ethel:

«Lo siento. No conozco a ninguna señorita Byard, ni ha estado tampoco jamás en Mill's House».

Burgner se volvió hacia el joven.

—¿Se convence ahora, señor Slade? —dijo.

Slade apretó los labios. Empezaba a pensar que había algo más que bromas de pueblerinos en aquellas inexplicables desapariciones.

Luego hizo un esfuerzo y sonrió.

—¡Je! Quizá mis nervios estaban peor de lo que yo mismo suponía —dijo—. Lamento las molestias que le he ocasionado, señor Burgner.

—Ya le dije ayer que estoy para servir a mis conciudadanos —contestó gravemente el policía.

CAPÍTULO V

Burgner se había marchado ya, sin dar mayores señales de enojo. En vista de lo que sucedía, Slade decidió adoptar otra actitud.

Se le había ocurrido una idea. En Mill's House había un tesoro escondido. O tal vez se trataba de una banda de monederos falsos.

Bien, cuando él alquiló la casa, esa banda —o los buscadores del supuesto tesoro—, se habían encontrado con el grave inconveniente de tener un huésped poco deseable. Por tanto, lo que convenía era hacerle huir.

Ello explicaba los sucesos acaecidos. Incluso la simulación de los hombres asesinados —pero uno de ellos, el segundo, estaba completamente frío—. ¿Y si se había tratado de un maniquí hábilmente construido?

Un cadáver más o menos, poco importaba. Lo que sí importaba era su decisión.

Y pensaba permanecer en Mill's House, aunque otros se empeñaran en arrojarlo de allí por todos los medios.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la cocina.

—Ethel —llamó.

La señora Murphy se volvió hacia él y le miró en silencio.

—¿Se quedará usted esta noche en la casa?

Ethel movió la cabeza negativamente. Luego escribió:

«Volveré a Ardmore después de haberle servido la cena. Regresaré mañana, a las ocho».

Slade leyó la respuesta y asintió sonriendo.

—Eso es todo. Muchas gracias, Ethel.

Ella le contestó con una muda sonrisa. Luego continuó su

trabajo.

Acto seguido, Slade se dirigió al salón biblioteca, donde había visto a Joyce leyendo un libro. A fuerza de hurgar en la memoria, había recordado un detalle.

Con la imaginación revivió el momento en que había visto a Joyce por primera vez. Ella leía un libro y tenía su bolso de mano a la izquierda. En un cenicero contiguo humeaba un cigarrillo. A la derecha, Joyce tenía una libreta, en la cual, seguramente, anotaba datos distraídos del libro.

Slade no había podido leer el título del libro. Si lo habían vuelto a su estante, no lo encontraría, aunque estimó que era un detalle carente de interés.

Entró en la biblioteca. El bolso, como esperaba, había desaparecido.

En el cenicero había restos de un cigarrillo, consumido por completo. Era otra prueba de la existencia de Joyce Byard, puesto que él no había fumado allí ni una sola vez.

Las estanterías aparecían en perfecto orden. El libro que leía Joyce había vuelto a su sitio.

Slade permaneció unos momentos inmóvil, contemplando la sala. De pronto, reparó en algo que brillaba bajo la mesa donde había visto leer a Joyce.

Tuvo que gatear para recoger aquel objeto, caído sobre la espesa alfombra que cubría la mayor parte del pavimento y cuyo tejido había absorbido el ruido de la caída.

Aquel objeto era un encendedor de oro. En uno de sus ángulos, grabadas a buril, había dos iniciales: J. B.

Slade sonrió satisfecho, mientras hacía saltar el encendedor en la palma de la mano. ¿Qué nuevo truco sé inventarían ahora para negar la existencia de Joyce Byard?

Lo peor de todo, en su opinión, era que la muchacha formaba parte de aquella banda de conspiradores. Una verdadera lástima, porque Joyce le había resultado muy simpática.

Guardó el encendedor y subió al piso de arriba. Entró en el dormitorio principal y se situó frente al retrato de la dama de blanco.

Al cabo de unos minutos, se acercó al cuadro y lo descolgó, no sin esfuerzos, ya que era bastante pesado. Lo hizo girar en el suelo y

lo dejó apoyado en la pared.

Sonrió satisfecho. Ahora tenía delante de sí el truco de la dama que abandonaba su puesto en el cuadro. Simplemente, por el lado opuesto de la tela había una pintura exactamente igual a la del anverso, con fondos copiados con toda precisión, pero en la que faltaba la mujer retratada, quedando solamente su silueta en blanco.

Estuvo pensativo unos momentos. Luego se le ocurrió una idea que le hizo sonreír.

Fue hacia la puerta y la abrió. No había nadie o la vista. Cerró de nuevo y echó el pasador de seguridad.

Acto seguido sacó un lápiz y escribió algo sobre la superficie blanca que correspondía al lugar que hubiera debido ocupar la mujer en el reverso del cuadro.

Al terminar, se retiró unos pasos y sonrió satisfecho. El mensaje escrito decía solamente:

«¿Dónde estoy? ¡Quiero volver a mí cuadro!».

Slade detuvo el coche y se apeó frente a la casa.

Una vez hubo entrado, Ethel le salió al encuentro con la libreta en las manos. Slade leyó:

«Tiene la cena preparada en el comedor. Tengo que volver a Ardmore antes de que sea noche cerrada. Hasta mañana a las ocho. ¡Buenas noches, señor!».

Slade sonrió.

—Buenas noches, Ethel.

La mujer guardó su libreta en el bolso que pendía de su brazo izquierdo. Dirigió al joven un saludo con la cabeza y salió de la casa.

Slade cenó con buen apetito. En medio de todo, era preciso reconocer que Ethel, en combinación o no con aquella extraña banda de bromistas, era una magnífica cocinera.

Apenas hubo terminado de cenar, Slade salió de la casa y recogió algunos bultos que había traído en el coche y que había

adquirido aquella misma tarde en Leach Town, la capital del condado, a fin de que sus compras no despertasen sospechas entre los habitantes de Ardmore.

—Yo también quiero divertirme un poco —gruñó, mientras empezaba a disponer algunas de sus trampas.

Lo primero que hizo fue dirigirse a su dormitorio. Como había supuesto, el candelabro ya no estaba sobre la mesilla de noche.

Examinó la pared situada inmediatamente detrás. Estaba cubierta por paneles de madera artísticamente decorados, con molduras doradas. Indudablemente había allí un hueco que comunicaba con otra estancia, secreta, desde luego.

Aquella noche, se dijo, nadie abriría la puertecita durante su sueño para colocar el candelabro. Las junturas eran invisibles a ojo desnudo, lo que significaba que no podía abrirla desde el dormitorio.

Tocó un par de veces con los nudillos. Sonaba a hueco.

Una serie de anchas tiras de cinta adhesiva cruzaron el panel de lado a lado. El bromista se llevaría un buen chasco cuando intentase abrir la puerta desde el otro lado.

Luego continuó preparando más trampas.

El silencio era absoluto. Slade, con la ventana abierta, escuchaba atentamente.

Vestido, se había cubierto con las ropas de la cama, para simular que dormía. Pero estaba listo para saltar fuera del lecho en un instante.

La rueda del molino continuaba girando. Slade oía el ruido perfectamente, como un sonido de fondo, que no le impedía captar otros.

Súbitamente, en la planta baja, sonó un gran portazo.

Slade saltó de la cama. Se imaginó la cara de sorpresa del intruso.

La puerta principal estaba cerrada. Alguien la había abierto, ignorante de que Slade había colocado un potente muelle que la había obligado a cerrarse de golpe.

Además, estaba seguro de que había ocurrido tal como lo había planeado. El intruso, al abrir, había empujado la puerta, encontrando una resistencia inesperada. Habría aflojado la presión de sus manos para examinar aquel obstáculo y la puerta se habría

cerrado de golpe, dándole en las narices a poco que se hubiera descuidado.

Se asomó con cautela por un lado de la ventana. La marquesina del porche le impedía ver lo que había más abajo, pero oyó cuchicheo de, al menos, dos personas que hablaban, como discutiendo su norma de actuación.

Esperó un poco.

—Por la ventana —dijo alguien.

—De acuerdo —contestó el otro.

Los dos individuos se deslizaron por el porche hacia la ventana del comedor. Uno de ellos alzó el bastidor.

Luego apoyó las manos en el alféizar para pasar al interior. Se oyó un terrible chillido de dolor.

—¡Calla, estúpido! —le apostrofó su compañero.

—El antepecho... está lleno de clavos... —gimió el hombre.

Retirándose al interior del dormitorio, encendió un cigarrillo cautelosamente, procurando que el resplandor de la llama no se viera desde el exterior.

Luego agarró una caja que ya tenía preparada y que contenía numerosos petardos de feria.

Agarró uno, el más gordo, encendió la mecha y lo lanzó fuera.

La explosión pareció un cañonazo y los dos intrusos se llevaron el gran susto.

Slade lanzó dos petardos más. Luego arrojó una larga tira de triquitraques, seguida de un par de feroces buscapiés que se movieron enloquecedoramente por el jardín.

Durante unos segundos, todo fue ruido en el exterior de la casa. Al acallarse el estrépito, Slade oyó el rugir de un automóvil que escapaba a toda velocidad.

Rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Esta noche podré dormir tranquilo —se dijo.

Y en aquel momento, como para desmentir sus optimistas pensamientos, sonaron golpes encima de su cabeza.

Levantó la vista al techo. Los golpes continuaban repitiéndose.

Aquellos ruidos, dedujo segundos después, procedían de una persona que quería llamar la atención precisamente, en lugar de procurar pasar desapercibida.

Y, de súbito, creyó comprender el origen de los golpes.

CAPÍTULO VI

Entre los objetos que Slade había comprado en Leach Town figuraba una potente linterna eléctrica. La luz de la casa, sin embargo, no faltaba. Pero no estaría de más llevar la linterna consigo.

Empezó a buscar un camino que le condujera al ático. Al cabo de unos minutos, después de haber registrado las habitaciones superiores sin éxito, llegó a la situada junto a la escalera.

Allí había visto su primer cadáver. El aspecto de la estancia no había variado en absoluto.

Al fondo, divisó un gran armario, adosado a la pared. Un sexto sentido le indicó que debía abrirlo.

—Menos mal. Aquí no hay ningún muerto —comentó después.

Pero había otra cosa más interesante. El fondo del armario era una puerta.

La abrió. Una escalera conducía al ático. No había luz y Slade recurrió a la linterna. Momentos después, se hallaba directamente bajo el tejado.

—¡Señor Slade! ¿Es usted?

El joven respiró satisfecho al oír aquella voz.

—¿Joyce? —preguntó.

—La misma. Gracias a Dios, Lamont. Venga, estoy aquí...

El ático carecía de luz. Slade enfocó el haz de rayos de su lámpara hacia el fondo y divisó a Joyce sentada en el suelo, atada de pies y manos.

Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado. Joyce tenía las manos a la espalda, aunque, al igual que los tobillos, las muñecas habían sido protegidas con tiras de tela, a fin de evitarle daños con las ligaduras.

—Ethel Murphy dijo que no la había visto jamás a usted —dijo él, mientras forcejeaba con las cuerdas.

—¡Qué embustera! —exclamó Joyce, indignada—. Pero ¿por qué hace eso, Lamont?

—Antes de seguir adelante, Joyce, dígame, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Me atacaron en el molino, apenas se marchó usted. No sé quién fue; ni siquiera pude verle. Lo único que recuerdo es que me narcotizaron con un algodón empapado en cloroformo.

—La atacaron por detrás.

—Justamente. Cuando me desperté, estaba aquí, atada de pies y manos. Grité, pero nadie me oyó...

—Las voces no se oyen desde el ático —dijo Slade, señalando hacia el único hueco del lugar, protegido por cristales—. En cambio, sonaban sus golpes...

—Los di cuando escuché aquel tiroteo. Me imaginé que sería la policía...

Slade se echó a reír. Joyce estaba ya desatada y la ayudó a ponerse en pie.

—No hubo tiros ni policía —dijo—. Sólo eran petardos de feria. Joyce le miró atónita.

—¿Cómo dice? —exclamó.

—Lo que oye. ¿Qué tal se encuentra ahora? —preguntó él.

—Hambrienta y sedienta —confesó Joyce llanamente.

—En ese caso, vamos a la cocina. Allí hablaremos con más comodidad.

Slade habló mientras Joyce reponía sus fuerzas. Al terminar, ella preguntó:

—¿Por qué hacen todo eso, Lamont?

—Se me han ocurrido dos hipótesis, Joyce.

—¿Cuál es la primera?

—Un tesoro escondido en Mill's House. Joyas de la señora Broxthall acaso...

Joyce movió la cabeza negativamente.

—Posible, pero improbable —calificó—. Nunca oí hablar a mi madre de nada semejante.

—En tal caso, expondré mi segunda hipótesis. Falsificaciones de moneda, Joyce.

—Eso ya parece más lógico. Tal vez quieran seguir con sus actividades en Mill's House —opinó la muchacha—. Es un lugar

aislado, solitario, nada concurrido... y sin probabilidades de ser habitado de nuevo.

—Sólo que un amigo me indicó que podía venir aquí a reponer mis fuerzas, a la vez que concluía unos trabajos pendientes, y que a usted se le ocurrió indagar sus posibles derechos a la herencia.

—Exactamente. Y quieren arrojarnos de aquí, para continuar sin ser molestados.

—A su vez, ellos no desean hacernos daño —observó Slade—. A mí, como saben que tengo los nervios en cura, quieren hacerme pasar por loco. En cuanto a usted...

—¡Quieren matarme! —exclamó Joyce dramáticamente.

—Ya lo habrían hecho —dijo Slade—. No, no se trata de eso, sino que quieren alejarnos de Mill's House.

—Pero no sé qué procedimiento van a emplear conmigo. No pueden tenerme secuestrada eternamente. Lo suyo es más lógico, puesto que cuentan con la base de unos nervios necesitados de reposo.

Slade reflexionó unos momentos.

—¿Conoce usted bien Mill's House? —preguntó al cabo.

—Muy poco. Estuve solamente un par de veces y tenía entonces quince años. No había vuelto desde entonces —contestó Joyce.

—Yo lo decía por si sabía usted de la existencia de algún sótano.

—No, no sé nada de eso, Lamont.

—Y sin embargo, hay alguna habitación secreta —dijo Slade. Relató el suceso del candelabro y añadió—: Está al otro lado de la cabecera de mi dormitorio, pero ignoro el modo de llegar a ella. Por otra parte, no me atrevo a romper el panel. A fin de cuentas, Mill's House no me pertenece.

—Tendremos que buscarla, Lamont —dijo Joyce—. Y el asunto, créame, no es sólo una broma o serie de bromas. Recuerde que vimos un cadáver.

—Dos. Yo he visto dos... aunque me parece que el primero vive todavía. En Ardmore, más concretamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo vi el primer día, cuando fui a denunciar el hallazgo. Se cruzó con nosotros en la puerta de la oficina del policía de la aldea.

—Entonces, es que ese supuesto cómplice pertenece a la banda.

—Casi seguro, aunque puedo admitir la posibilidad de un error

por mi parte. Pero el muerto del molino... era un muerto legítimo, Joyce.

La chica se estremeció.

—No me lo recuerde, por favor —rogó.

Hubo una corta pausa de silencio. Joyce la rompió diciendo:

—¿Qué haremos ahora, Lamont?

—Con usted me veo en un serio aprieto. Si la hago volver arriba, puede que se la lleven a otra parte. Y si la escondo en otro sitio, notarán su ausencia, puesto que tarde o temprano tienen que subir al ático.

—Se me ocurre una posibilidad, Lamont —dijo Joyce.

—Hable —pidió Slade.

—Se ha negado mi existencia. Usted lo sabe bien, claro.

—Sí.

—En tal caso, cuando suban arriba y, vean que no estoy, pueden pensar que me he escapado.

—¿Sin decirme nada a mí?

—¿Por qué había de decirle algo? Yo he huido despavorida. Puede que crean que avisaré a la policía. En el peor de los casos, el que tendría que investigar es Burgner, ¿no?

—O tal vez algún policía de Leach Town.

—Pero sus declaraciones de usted, Lamont, serán siempre puestas en duda. Ese policía creará más a Ethel Murphy, que es de aquí y tiene reputación de persona honesta, que a usted. Por tanto, no temerán esa posible investigación.

—Quizá ocurra como usted dice. ¿Y después?

—Hay algo que debemos averiguar a toda costa. A mí me interesa mucho, porque un día, tal vez, Mill's House sea mío. Se trata de saber exactamente qué ocurre aquí, Lamont.

—Me parece muy bien. Así como así, yo también ardo en deseos de desvelar el enigma. Sólo falta ahora una cosa, Joyce.

—¿Cuál? —preguntó la muchacha.

—Encontrar el muerto del molino —contestó él.

Joyce asintió. Fue a decir algo, pero Slade extendió la mano.

Un ligero ruido acababa de oírse al otro lado de la casa.

—Silencio —susurró Slade—. Viene alguien.

Slade hizo señas con la mano a la muchacha para que no se hiciera visible. Se asomó con grandes precauciones al vestíbulo y

divisó a un hombre alto y delgado que subía sin hacer ruido por la escalera que conducía a los pisos superiores.

Era Cromiss, el alcalde. Slade se imaginó el objeto de su visita.

Cromiss desapareció arriba. Slade se volvió un instante hacia la muchacha.

—Siga aquí y procure que no la vean, Joyce.

—Está bien, Lamont.

Slade abandonó su refugio y salió al vestíbulo. Arriba no se oía el menor sonido.

El joven se situó junto a la puerta de la biblioteca, que se hallaba casi al pie de la escalera. La abrió y quedó allí, resguardándose por el quicio.

Esperó unos momentos. De pronto, se oyeron pasos precipitados.

Cromiss descendió a todo correr por la escalera. Debía de estar muy preocupado, pensó Slade, porque ni siquiera reparó en su presencia al pasar junto a la puerta de la biblioteca.

Entonces, el joven, con voz cavernosa, dijo:

—¿Por qué me habéis matado? Yo quería vivir, amaba la vida y vosotros me la quitasteis villanamente...

El alcalde dejó escapar un alarido de pánico.

—¡Aaaaaahhhhh...!

Alcanzó la puerta principal y cogió el pomo. De pronto, sonó una fuerte carcajada.

—¿Qué le sucede, alcalde? —preguntó Slade—. ¿Tiene miedo de los fantasmas?

Cromiss se había detenido y dudaba en volverse. Al fin, sacando fuerzas de flaqueza, giró sobre sí mismo.

—Es us... usted... —tartamudeó.

—Naturalmente. ¿Quién esperaba que fuese? —contestó Slade.

—Me... me asustó usted...

—¿Yo? ¿Por qué, alcalde? ¿Temía que le hiciese algo malo?

—Esa broma que usted me gastó... Preguntar por qué le habíamos matado, cuando está vivo...

Slade puso cara de sorpresa.

—No entiendo, alcalde —respondió—. ¿A qué broma se refiere usted?

Cromiss se quedó atónito.

—Ha sonado una voz de ultratumba...

—Me parece que tiene los nervios alterados, señor Cromiss —dijo Slade muy serio—. Aquí la única voz que ha sonado ha sido la mía, cuando le saludé. Y la suya al contestarme, claro.

—Pero... pero... —Cromiss estaba terriblemente desconcertado—. Yo he oído...

—¿Qué es lo que ha oído, alcalde?

Cromiss apretó los labios.

—Nada. Quizá fue una ilusión mía. Pero si usted quiso gastarme una broma...

—Alcalde, yo estaba leyendo tranquilamente en la biblioteca, cuando oí pasos y salí a ver qué sucedía. Entonces le vi a usted corriendo como si le persiguiese el mismísimo demonio. Todo lo que diga usted de que ha oído voces extrañas, no es sino un producto de su imaginación.

—Sí, tal vez...

—Y hablando de otra cosa. ¿Qué hace usted a estas horas en Mill's House? Porque aunque no sea mía, el aquilino soy yo y tengo pleno derecho a no ser molestado. Su cargo de alcalde no le concede el privilegio de entrar en las casas ajenas sin permiso de su dueño a ocupante.

—Lo... lo siento. Sólo vine a ver... qué tal se encontraba...

—Y se asustó al no verme en el dormitorio.

—Sí, eso es...

—Pero no se le ocurrió mirar en otra parte. ¿Por qué no entró en la biblioteca? Hay libros muy excelentes, alcalde.

Cromiss estaba de mil colores y no sabía qué decir.

—Sí... siento haberle molestado, señor Slade...

—Siéntalo también en lo sucesivo y no vuelva más por aquí a deshoras —dijo Slade severamente—. Ah, se me olvidaba una cosa. ¿Qué me dice usted del viejo Thomas, el antiguo jardinero de Mill's House? ¿Le preguntó algo respecto al abogado de la señora Broxthall?

—Sí, pero no sabe nada. Él no se preocupaba de ciertos detalles.

—Comprendo. —Slade emitió una amplia sonrisa—. Buenas noches, alcalde.

—Bu... buenas noches, señor Slade. —Giró sobre sus talones y escapó como alma que lleva el diablo.

CAPÍTULO VII

—Lo he oído todo —dijo Joyce—. Le ha dado usted un susto de muerte. Debió de creerse que el fantasma estaba hablando realmente.

—Se me ocurrió casi en aquel mismo momento —dijo Slade, a la vez que sacaba cigarrillos—. Vino a ver cómo seguía usted y se llevó un susto de muerte al darse cuenta de que había escapado. Luego... bien, ya vio y oyó todo lo sucedido a continuación.

Joyce aceptó el cigarrillo que le ofrecía Slade y alargó un poco el cuello para encenderlo en la llama del encendedor que el joven sostenía con la mano derecha.

—¡Eh —exclamó ella—, ése es mi encendedor!

—Sí —admitió Slade llanamente—. Lo encontré en la biblioteca cuando empecé a buscar huellas de su prenda en la casa, después de que me la negaron rotundamente. Pero su bolso había desaparecido.

—Debe de estar por alguna parte —contestó la muchacha—. Ya aparecerá, no se preocupe.

—Es curioso. Ethel negó haberle visto a usted y podía hacerlo, puesto que sólo había un coche en la casa: el mío. ¿Cómo vino usted a Mill's House?

—Tomé un taxi en Leach Town —explicó ella—. Pensaba quedarme aquí o bien dirigirme luego a Ardmore para hospedarme en la posada. Usted dormía cuando yo llegué.

—Sí, había pasado una noche poco agradable. Bien el problema estriba ahora en su estancia aquí. ¿Piensa continuar, Joyce?

—Naturalmente, y haré vida normal, además. Ellos no se atreverán ahora a hacerme nada y tendrán que permitir que siga aquí. A fin de cuentas, han logrado lo que se proponían: hacer desaparecer el cadáver.

—Sí, y ya no cabe la menor duda; Cromiss y Burgner están complicados en el hecho. Pero no podemos probarles, nada.

—Aquí sucede algo extraño —dijo Joyce preocupadamente—. Tenemos que averiguarlo, Lamont.

—Estoy de acuerdo con usted, pero ¿por qué no empezamos mañana? Es un poco tarde ya, ¿no le parece?

—De acuerdo. ¿Dónde puedo dormir, Lamont?

—En la habitación de la señora Broxthall, naturalmente.

Slade miró a la joven con fijeza.

—¿Quién es la dama retratada? ¿Lo sabe usted? —preguntó.

—La madre de la señora Broxthall —contestó Joyce—. Tengo entendido que fue una dama de gran belleza.

—Pero usted se parece extraordinariamente a ella. Ataviada con unos ropajes idénticos, cualquiera diría que es ella misma.

Joyce sonrió, evidentemente halagada.

—No olvide que, aunque de un modo indirecto, pertenezco a la familia —contestó—. El parecido, por otra parte, es una coincidencia, Lamont.

—Agradable coincidencia —sonrió él.

Aquella noche, Slade oyó ruidos a la derecha de la cabecera de la cama.

Sonrió satisfecho. De nuevo trataban de jugarle una mala pasada, poniéndole otra vez el candelabro. Por la mañana, se dijo, quitaría el esparadrapo y dejaría el panel bien limpio.

Alguien trataría en su ausencia de ver qué había impedido la apertura de la puertecita secreta. Se llevaría un gran susto al darse cuenta de que todo estaba normal.

Luego se dijo que debía asegurar la puerta de la cama, que era por dónde debía de entrar el intruso. Finalmente, tranquilo y sin más preocupaciones por el momento, se durmió de nuevo.

Bajó a desayunar a la mañana siguiente. Ethel le había servido con su acostumbrada eficiencia. Comió con gran apetito, suponiendo que Joyce estaría aún dormida.

Se preguntó si resultaría conveniente ver si la muchacha continuaba en la habitación de la señora Broxthall. De pronto, antes de que hubiese tomado una decisión, oyó ruido de un automóvil en el exterior.

Poniéndose en pie, se acercó a la ventana. Tres hombres cruzaban el jardín en dirección a la casa. A Slade le dio muy mala espina su aspecto.

Uno de ellos era de mediana estatura, elegantemente vestido, y se cubría con un correcto sombrero gris. Los otros dos, más altos y fornidos, le recordaron a Slade los matones de película.

Se preguntó que podían querer aquellos hombres en Mill's House. Antes de que hubiera obtenido una explicación propia, llamaron a la puerta.

Ethel cruzó el vestíbulo, secándose las manos en un delantal. Slade salió a su encuentro y le hizo señas de que se volviese.

—Yo abriré —dijo a media voz.

Ethel hizo un signo de asentimiento y dio media vuelta. Slade terminó de atravesar el vestíbulo y abrió.

—¡Hola! —saludó con amplia sonrisa a los recién llegados.

—Soy Japhers —dijo el del sombrero gris—. Tower y Kindly —presentó a sus estólidos acompañantes—. ¿Puedo pasar? —preguntó a continuación.

—Naturalmente —accedió Slade—. Por allí, háganme el favor —indicó la puerta de la biblioteca.

Japhers y los otros dos cruzaron el vestíbulo. Slade caminó tras ellos.

Cuando entraban en la biblioteca, Slade miró casualmente hacia arriba y divisó a Joyce. Disimuladamente, le hizo una señal de que se escondiese.

Entró siguiendo a los recién llegados. Cerró la puerta y miró sonriendo a Japhers.

—¿Y bien?

—Eso digo yo —contestó Japhers en tono severo—. ¿Y bien?

—No entiendo —manifestó Slade—. ¿Qué es lo que desean ustedes?

Japhers frunció el ceño.

—Vamos, vamos —rezongó—. No se haga el tonto. Demasiado sabe lo que hemos venido a buscar... Por cierto, ¿cómo se llama usted? Todavía no nos ha dicho su nombre.

—Slade, Lamont Slade —contestó el joven—. Hable, señor Japhers.

—El que tiene que hablar es usted. ¿Dónde está... lo que hemos venido a buscar?

—Ah, ¿se refiere a los billetes falsos?

Japhers pegó un respingo. Tower y Kindly miraron a Slade con

cara de sorpresa.

—¿Billetes falsos? —repitió Japhers, desconcertado.

Hubo una corta pausa de silencio. De súbito, Tower se acercó a Japhers y, casi al oído, le dijo:

—Jefe, me parece que nos hemos equivocado.

Slade continuaba sonriendo. Japhers le miró arrugado el entrecejo, y preguntó:

—¿Dónde está Michelson?

—¿Quién es Michelson?

De nuevo se hizo el silencio, tenso, agobiador. De repente, Tower sacó una pistola y apuntó con ella a Slade.

—Díganos de una vez quién es usted y qué hace aquí —ordenó de mal talante—. Hable o...

Slade procuró mantener la calma.

—Soy, accidentalmente, inquilino de Mill's House —declaró—. Estoy pasando una temporada de reposo, eso es todo.

—Es probable que tenga razón, Tower —murmuró Japhers—. Creo que nos hemos equivocado.

—Pero este tipo nos ha visto ya aquí —rezongó Kindly.

—No he podido evitarlo —aseguró Slade, sonriendo—. Michelson, ¿era amigo de ustedes?

—Sí. Tenía que haber vuelto ayer a Londres y...

Slade meneó la cabeza.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó.

—Como usted, más o menos, me refiero a la complexión —dijo Japhers—. La edad era algo superior treinta y cinco años.

Slade suspiró.

—Temo que no vuelvan a ver jamás a su amigo —dijo.

—¿Cómo? —gritó Kindly.

—Lo vi ayer, a las diez de la mañana, más o menos. Tenía un balazo en el corazón.

Japhers le miró atónito.

—¿Seguro? —preguntó, dubitativo.

—No soy aficionado al alcohol, pero si me tomo una copa, nunca lo hago por la mañana —declaró Slade virtuosamente.

—Jefe, lo mató él —dijo Tower con acento rencoroso.

—No sea imbécil —le apostrofó Slade—. Me habría callado en tal caso.

—El señor Slade tiene razón —convino Japhers cortésmente—. Él no ha sido, pero...

Miró al joven con aire hostil.

—Lo siento por usted, amigo —añadió—. Si vino aquí para descansar, cometió una equivocación, porque va a descansar eternamente. Nos ha visto y no nos conviene que lo repita a nadie.

Hubo un intervalo de silencio después de aquellas palabras.

Tower lo rompió con una siniestra pregunta:

—¿Aquí, jefe?

—¿Por qué no? —accedió Japhers tranquilamente—. Pero no hagas ruido, por favor.

—Claro, jefe.

Tower metió la mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta y sacó un grueso tubo de hierro que empezó a enroscar en el cañón de su pistola. Slade comprendió que estaba acoplando un silenciador.

Súbitamente, sin previo aviso, levantó el pie y golpeó con todas sus fuerzas las manos juntas de Tower. El pistolero lanzó un aullido y se tambaleó.

Kindly juró entre dientes y metió la mano en el interior de su chaqueta. Slade cargó contra él con la cabeza gacha y le aplastó la nariz, haciéndole caer de espaldas.

Tower vacilaba todavía, mientras se esforzaba por terminar la labor de acoplamiento del silenciador. Slade le agarró por la nariz con la mano izquierda y luego le golpeó bajo la oreja con el filo de su mano derecha.

El rufián emitió un gruñido y cayó de lado. Slade se volvió hacia Japhers, justo a tiempo de ver el revólver que éste empuñaba directamente apuntado a su pecho.

—Ha sido una bonita pelea, pero ha terminado ya —dijo.

Y en aquel momento, unas manos femeninas se movieron rápidamente y un valioso jarrón se rompió en mil pedazos sobre la cabeza de Japhers.

El individuo lanzó un pequeño grito y cayó de rodillas, aturdido, pero conservando parcialmente el sentido. Slade aprovechó la ocasión y le asestó un canallesca rodillazo en la cara, que lo tiró de espaldas al suelo.

—Joyce, sólo le ha faltado a usted la trompeta y el banderín ondeando al viento —dijo sonriendo.

La muchacha le miró extrañada.

—¿Cómo?

—Ha llegado usted, como la caballería en las películas de indios: cuando el fuerte está a punto de sucumbir. —Slade se estremeció—. El tipo ese iba a matarme aquí, a sangre fría.

Acto seguido, se inclinó y recogió el armamento de los forasteros. Kindly se había sentado en el suelo; atendía a restañar la sangre de su nariz, machacada por el cabezazo, olvidado momentáneamente de todo lo demás.

Tower empezó a rebullir a poco. En cuanto a Japhers respiraba penosamente, mientras hacía esfuerzos por ponerse en pie.

—Se me ocurrió acercarme a escuchar —explicó Joyce—. Entonces oí las últimas frases de la conversación...

—Y agarró el primer jarrón que le vino a mano.

—Sí. Pasé mucho miedo, créame.

—Lo mismo que yo, pero me ha salvado la vida.

—Lamont, ¿qué querían estos tipos? —preguntó la muchacha.

—Buscan algo, aunque no he logrado saberlo. Sugerí billetes falsos, pero parece que no es eso —contestó él.

—¿Qué va a hacer con ellos?

Slade dudó un momento.

—Lo mejor será que se vayan —dijo al cabo—. Miró a Japhers, quien ya se había puesto en pie y estaba apoyado en la mesa. No vuelvan más por aquí —ordenó—. Ahora ya estoy armado, ¿comprende?

Japhers tenía un pañuelo ante la boca, duramente maltratada por el rodillazo de Slade.

—Alguien nos engañó —dijo, espurreando las palabras—. Lo pagará caro.

—El autor del engaño no he sido yo, pero si vuelven otra vez, habrá tiros —aseguró Slade.

Japhers no contestó. Con paso vacilante, se dirigió hacia la salida, seguido de sus dos compinches.

Momentos después, subían al coche y desaparecían de la escena.

Slade y Joyce los vieron partir desde la ventana de la biblioteca. Cuando el automóvil hubo desaparecido, Slade dijo:

—Joyce, esto me gusta cada vez menos.

—Se complica, ¿verdad?

—Sí. Se complica, pero sobre todo porque estos tipos eran amigos de Michelson.

—¿Quién es Michelson?

—Era, Joyce. El muerto del molino —respondió Slade.

CAPÍTULO VIII

Encendieron cigarrillos. Mientras Slade inhalaba el humo del suyo, observó un ligero movimiento en el picaporte de la puerta.

—De modo que compañeros del muerto del molino —dijo Joyce.

—Sí. Indudablemente, Michelson vino a buscar algo. Ignoro lo que pasó; sólo puedo decirle que alguien le pegó un tiro y escondió su cuerpo en el armario donde lo encontré yo.

—Y Japhers ha venido para ver qué motivaba su tardanza en regresar a Londres.

—Exactamente.

Slade hizo señas a la joven de qué continuase hablando en voz alta. Luego le señaló la puerta.

Joyce comprendió en el acto el sentido de aquellas señas y siguió hablando. Mientras, Slade, de puntillas, se acercaba a la puerta.

La abrió de repente. Sorprendida, Ethel Murphy se incorporó y miró al joven. Luego, con una sonrisa de circunstancias, empezó a frotar el picaporte exterior, como si estuviese limpiando el polvo.

—¿Quería algo, Ethel? —preguntó Slade.

Ella movió la cabeza negativamente. Slade añadió:

—Traiga su libreta y su lápiz, Ethel.

La señora Murphy asintió. Fue a la cocina y regresó a los pocos instantes.

—Ethel —indicó Slade—, ésta es la señorita Byard. Usted afirmó que no la había visto jamás. ¿Por qué mintió?

Ethel no se inmutó. Con mano rápida, escribió:

«Debí entender mal, sin duda. Yo creí que me preguntaban por la señorita Hyrd. Lo siento».

Slade miró fijamente a la mujer. «Qué cara más el dura», pensó.

—Gracias, eso es todo, Ethel —dijo.

La señora Murphy hizo una inclinación de cabeza y se retiró. Slade cerró la puerta a continuación y se enfrentó con Joyce.

—¿Ha leído usted la respuesta de Ethel? —preguntó.

—Sí, y me siento indignada por su mentira —contestó ella.

Slade meneó la cabeza.

—Reprima su cólera —aconsejó—. Es indudable que Ethel está en connivencia con los otros, sean quienes sean. Pero usted vio también a Michelson. Me agradaría mucho que me acompañase a Ardmore.

—¿Para qué, Lamont?

—Quiero hablar con Burgner, el escéptico.

Joyce sonrió.

—Lo haré con mucho gusto —accedió.

—Le presento a la señorita Byard —dijo Slade—. Joyce, el señor Burgner, encargado de mantener el orden en Ardmore.

—¿Cómo está, señor Burgner? —saludó la muchacha.

—Encantado, señorita —dijo el policía fríamente—. ¿Puedo serles útil en algo?

—Para eso hemos venido aquí —manifestó Slade—. Pero no veo que haya ofrecido todavía una silla a la señorita Byard.

Burgner se puso colorado y murmuró unas palabras de disculpa.

—Yo prefiero permanecer en pie —añadió el joven, cuando Joyce se hubo sentado—. He traído a la señorita Byard conmigo, para que corrobore mis declaraciones acerca del cadáver que encontré en el molino.

—Ese cadáver no ha sido encontrado todavía —alegó Burgner.

—Porque usted no se ha molestado en buscarlo siquiera —exclamó Slade irritadamente—. Y sabía que yo no le mentía y también sabía que Ethel Murphy estaba mintiendo cuando dijo que no había visto a ninguna Joyce Byard.

—¿Cómo es posible que...?

—Ethel nos ha dicho esta mañana que se confundió y que creía que le preguntábamos por una tal señorita Hyrd. Era natural que Joyce no estuviera en el molino; se hallaba en el ático de Mill's House, atada de pies y manos. ¿Qué ha sido del cadáver? ¿Dónde lo han escondido sus cómplices, Burgner?

El policía se puso en pie con gesto airado.

—¿Me acusa de complicidad en un crimen? —gritó descompuestamente.

—Me gustaría tener pruebas de mis afirmaciones —dijo Slade. Está bien, retiro lo dicho... pero lo menos de que se le puede acusar a usted es de negligencia. ¿Ha oído nombrar alguna vez el nombre de Michelson?

Burgner palideció horriblemente.

—¿Y el de Japhers? —Siguió Slade, implacable.

Hubo una pausa de silencio. La frente de Burgner estaba cubierta de sudor.

—Michelson vino a buscar algo a Mill's House y recibió dos balazos en el corazón —declaró Slade—. En vista de que no regresaba a Londres, Japhers, amigo suyo, o su jefe, tanto da, vino a ver qué ocurría. Estaba muy furioso, ¿sabe? Incluso quisieron matarme. ¿Qué hay en Mill's House, señor Burgner?

El policía continuaba manteniendo un obstinado silencio.

—Por otra parte, ¿a qué fue el alcalde Cromiss a Mill's House anoche? ¿Se proponía asesinar a la señorita Byard?

—Usted está loco —farfulló Burgner atropelladamente—. Todo eso que dice no son más que fantasías...

—¡Fantasías! —protestó Joyce—. Me cloroformizaron y me tuvieron encerrada más de diez horas. ¿También eso es una fantasía?

—Usted es otra loca —dijo el policía en tono despectivo—. Ardmore era una aldea tranquila, hasta que...

—Hasta que usted y algunos amigos decidieron embarcarse en algún negocio ilícito que ha originado ya, por lo menos, un muerto —cortó Slade, enérgicamente—. Bien, nos volvemos a Mill's House. Allí estaremos para soportar las bromas que ustedes quieran gastarnos. ¡Vámonos, Joyce!

La muchacha se puso en pie. Burgner los dejó ir sin pronunciar una sola palabra.

—Estaba anonadado —comentó ella, una vez en el exterior.

—Sí, porque es culpable.

—Estoy segura de ello, Lamont, pero ¿qué hay en Mill's House? Slade suspiró.

—No tenemos otro remedio que continuar investigando hasta

que lo averigüemos —contestó.

Slade se dispuso a abrir la portezuela para que Joyce entrase en el coche. En el mismo momento, vio venir a un hombre caminando por la calle.

El joven detuvo su gesto y sacó apresuradamente un cigarrillo, que se colocó en la boca. Acto seguido, salió al encuentro del individuo, cuya mano derecha aparecía vendada.

—¿Fuego, por favor? —pidió.

El hombre le miró fijamente.

—No... no soy fumador —contestó—. Lo siento.

Slade sonrió.

—Tal vez los dos tiros en el pecho le han curado el vicio de fumar —dijo—. Me llamo Slade. ¿Recuerda este nombre, señor...?

—Haddock —dijo el otro—. Y no sé a qué vienen sus palabras, señor Slade —añadió secamente.

—Oh, es que soy agente teatral —dijo Slade con desenvoltura. Me intereso especialmente por las personas que saben fingir bien su propia muerte. Pero ¿qué le pasa en la mano derecha, señor Haddock? ¿Se ha pinchado... al apoyarla en un antepecho de ventana lleno de clavos?

La cara de Haddock estaba roja como un pimiento. Masculló algo entre dientes y siguió su camino, metiéndose instantes después en la oficina de Burgner.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Joyce.

—Un cómplice de Burgner. El primer cadáver —contestó Slade.

—Entiendo —dijo ella pensativamente—. Indudablemente, querían asustarle para que abandonase Mill's House.

—Sí, pero mi insistencia en quedarme, les está complicando las cosas. Y usted también, por supuesto.

—¿Qué me dice de Michelson?

—Alguien lo asesinó, de eso no cabe la menor duda. Luego escondieron su cadáver, pero tan bien, que no hemos podido encontrarlo todavía.

—El arroyo... —sugirió ella.

—Es posible. Lleva bastante caudal de agua y hay muchos sitios donde un cuerpo humano puede permanecer indefinidamente sin ser visto.

—Hay una cosa que todavía no hemos averiguado y que me

preocupa muchísimo —dijo ella.

—¿Cuál es, Joyce?

—Ésta: ¿Quién me narcotizó para encerrarme luego en el ático?
Slade calló un momento.

—Volvamos —dijo al cabo—. Aquí no podemos hacer nada práctico.

La proposición era sensata. Pocos minutos más tarde entraban de nuevo en Mill's House.

—Lamont, yo voy a continuar mi trabajo de investigadora en la biblioteca —dijo ella.

—¿Cree en la existencia del testamento? —preguntó Slade.

—Sí; y crímenes y misterios aparte, Mill's House me gusta mucho —contestó Joyce, en un tono que no dejaba lugar a dudas.

El resto de la tarde, Slade trabajó en algo que esperaba le diera resultado para atrapar a los autores de lo que consideraba como algo más que bromas pesadas. A la hora de la cena se reunió con Joyce en el comedor.

Ethel les sirvió la cena y se marchó, como de costumbre. Slade preguntó a la muchacha si había encontrado el testamento.

—No —contestó ella—. Me costará mucho, pero acabaré por encontrarlo.

Charlaron un rato después de cenar y luego se retiraron a sus respectivas habitaciones. Slade se sentó en una butaca, frente a la mesilla de noche, con la luz apagada.

El sueño le venció. Apoyó la cabeza en el respaldo y se durmió.

Las horas pasaron lentamente. Poco después de la media noche, Slade despertó, notando algo raro en el ambiente.

Pronto supo qué ocurría. La rueda del molino había dejado de funcionar nuevamente.

Sin embargo, no se movió de su asiento. Esperó, con la vista fija en el panel que había tras la mesilla de noche.

Transcurrieron unos minutos. Slade continuaba en la misma postura. La luna, en creciente, proporcionaba un leve resplandor, que le permitía ver los objetos, bastante bien, debido a que sus pupilas estaban habituadas a la oscuridad.

De pronto, oyó un ligero chasquido.

El panel empezó a girar lentamente. Una mano asomó por el hueco, de unos cuarenta centímetros de alto por veinticinco de

ancho.

Encima de la mesilla de noche había un vaso con agua. Slade había pedido a Ethel qué se lo dejara allí, por si tenía sed durante la noche.

La mano dejó caer algo en el vaso. Instantáneamente, se produjo un violento fogonazo y brotó una gran nube de humo blanco.

Sonó una exclamación ahogada. Slade se puso en pie y se abalanzó hacia el hueco, pero el panel se cerró inmediatamente, antes de que pudiera alargar la mano para evitarlo.

Sin embargo, no se sentía defraudado. Empezaba a comprender algunas de las cosas que sucedían en la mansión.

CAPÍTULO IX

Había un pasadizo secreto, esto era indudable. Slade se preguntó cuál era la entrada.

Con la linterna en la mano, bajó al vestíbulo. Escuchó atentamente. No se percibía el menor ruido.

De pronto, oyó que la rueda del molino se ponía nuevamente en movimiento.

Slade se precipitó hacia la puerta y la abrió. Había alguien en el molino, no cabía la menor duda.

Corrió hacia aquel lugar. Una silueta humana se hizo visible de repente.

Slade le enfocó con la linterna.

—¡Párese! —gritó.

El hombre se le arrojó encima, sin obedecer su intimación, y lo derribó aparatosamente al suelo. La linterna se apagó.

Slade agarró una pierna del desconocido. Éste le golpeó con el pie libre y Slade soltó su presa.

El desconocido se dio a la fuga. Slade se puso en pie y corrió tras él.

De repente, el hombre se volvió. Un rayo de luna hizo brillar un objeto metálico que llevaba en la mano.

Slade comprendió las intenciones de su adversario y se tiró al suelo, un instante antes de que sonara el disparo. La bala silbó rabiosamente sobre su cabeza.

El joven temió que su enemigo disparase de nuevo, pero no ocurrió así. Oyó pasos precipitados y, con gran disgusto, lo vio desaparecer en la oscuridad.

«Debí haberme traído una pistola», se dijo disgustadamente, mientras se ponía en pie.

La voz de Joyce sonó alarmada en una de las ventanas.

—¡Lamont! ¿Está usted ahí? ¿Qué ha sucedido?

—No se alarme, Joyce. Estoy bien.

Limpiándose el polvo de las ropas, caminó hacia la casa. Cuando entró, Joyce, envuelta en una bata, descendía apresuradamente hacia el vestíbulo.

—¿Qué ha pasado, Lamont? ¿Quién ha disparado un tiro? —preguntó la muchacha ansiosamente.

—El mismo que quiso envenenarme —contestó él.

Joyce le miró horrorizada.

—¿Envenenarle?

—Sí. Dije a Ethel que me dejara un vaso con agua sobre la mesilla de noche. Ethel, sin duda, lo debió de comunicar a sus cómplices.

—Pero... eso es espantoso, Lamont.

—¿Qué se creía? Han pasado ya de los sustos a los hechos —dijo él, haciendo una mueca—. Pero el envenenador se llevó también un susto de órdago.

—No le entiendo —dijo ella.

—Verá, yo quería que el panel que hay sobre la mesilla de noche quedara abierto. Así podría conocer el pasadizo secreto, que va a parar, indudablemente, al molino. Ahora bien, cuando subí a mi habitación, yo cambié el vaso de agua por otro que contenía dos sustancias químicas, que se inflaman al contacto entre sí. Hice varias pruebas antes de dejarlo todo preparado.

«Una de las sustancias es líquida. La otra es sólida, en estado pulverulento. Esta última quedó sobre un papel delgado, en precario equilibrio. El menor peso haría que los polvos se derramasen en el líquido, produciéndose la inflamación instantáneamente».

—Y eso ocurrió cuando el desconocido arrojó el veneno sobre el vaso.

—Justamente. Debía de ser una tableta o una píldora, tanto da, pero aunque sólo pesara un gramo, sería suficiente para causar el desequilibrio del papel que sostenía los polvos inflamables. Hice algunas compras en Leach Town —añadió él, sonriendo.

—Y luego lo sorprendió cuando trataba de huir.

—Sí. Luchamos, pero ganó él.

Joyce se quedó pensativa un momento.

—Lamont, ahora ya sé quién me narcotizó —dijo al cabo.

—¿Sí, Joyce?

—Estábamos solos usted, yo... y Ethel.

Slade chasqueó los dedos.

—¡Claro! No podía ser otra persona —exclamó—. Además, debemos tener en cuenta que, es muy robusta. Pudo transportarla a usted fácilmente hasta el ático... Luego, mientras yo estaba en la aldea, escondió el cadáver. Más tarde subió y la ató antes de que despertara.

—Así tuvo que ocurrir. Pero ¿cómo lo probamos?

Slade se mordió los labios.

—Tendremos que idear un medio para cogerla en falta —respondió—. Pero ahora no se me ocurre nada, Joyce.

—¿Qué le parece si buscamos la entrada del pasadizo secreto? —propuso ella.

—De día, Joyce. Tendremos más luz, ¿no le parece?

—Muy bien. Mañana por la mañana.

Pero todos los esfuerzos que hicieron resultaron inútiles. Por más que buscaron, no consiguieron encontrar la entrada del pasadizo secreto.

Slade estaba en el comedor, leyendo un libro, mientras Joyce continuaba entregada a su labor de investigadora en la biblioteca. De pronto, Ethel entró en la estancia y le tendió su libreta.

Slade leyó:

«El señor Stiles pregunta por usted. Dice ser el representante de la señora Broxthall».

El joven miró a Ethel. El rostro de la mujer aparecía impenetrable.

—Está bien, hágalo pasar.

Momentos después, un hombre alto, distinguido, vestido con elegancia, entraba en el comedor.

—¿Señor Slade? Me llamo Stiles y soy representante legal de la difunta señora Broxthall —manifestó—. Supongo que su amigo, el señor Markhane, le habría avisado de mi visita.

—En efecto, así es —convino el joven—, aunque habrá de permitirme que le diga que se ha retrasado un poco, señor Stiles.

El visitante sonrió.

—He tenido otros asuntos pendientes y éste no era urgente —contestó amablemente—. El alquiler de Mill's House son cinco libras por semana, señor Slade.

—Como pienso estar cuatro semanas, el importe asciende a veinte libras, ¿no es así?

—Ciertamente, señor Slade.

—Bien. —Slade movió una mano—. Siéntese un momento. Le firmaré un cheque, pero tengo el talonario arriba, en mi equipaje. Volveré dentro de un par de minutos.

—No se precipite por mí —dijo Stiles, con toda cortesía.

El joven subió a su habitación y volvió muy pronto. Abrió la puerta del comedor, dio un paso hacia adentro y entonces algo muy duro le golpeó con fuerza en la nuca.

El talonario de cheques se escapó de sus manos repentinamente sin fuerza. Cuando cayó al suelo, Slade había perdido el conocimiento.

Stiles se asomó a la puerta del comedor. El vestíbulo estaba desierto y silencioso.

Inclinándose, agarró a Slade y lo cargó al hombro con facilidad. Luego corrió hacia la escalera, que ascendió con toda rapidez.

Cuando llegaba arriba, oyó ruido. Sin dejar de sujetar a Slade con la mano izquierda, sacó una pistola y apuntó hacia abajo.

Ethel le miró silencio. Stiles hizo un gesto con la cabeza y la mujer se retiró de nuevo a la cocina.

Stiles continuó su camino. Llegó al dormitorio de Slade y arrojó al animado joven sobre la cama.

A continuación se acercó a la mesilla de noche y la retiró a un lado. Luego presionó un resorte de la pared.

Un panel, de dos metros de altura por setenta centímetros de ancho, giró silenciosamente a un lado, dejando ver un negro hueco. Stiles agarró a Slade por debajo de los sobacos y lo arrastró hacia el pasadizo secreto.

Al otro lado había una especie de descansillo, del que arrancaba una escalera de medio caracol. Stiles continuó arrastrando a su prisionero, hasta dejarlo en una habitación vacía, sin ventanas.

Techo, paredes y suelo eran de frío cemento. Stiles metió la mano en un bolsillo y sacó un grueso rollo de cinta adhesiva, con el

que selló los labios de su prisionero. Luego le puso las manos a la espalda y rodeó sus muñecas con unas tiras de esparadrapo, haciendo a continuación lo mismo con los tobillos.

Acto seguido, regresó al dormitorio. Cerró la puerta secreta, colocó la mesilla en su lugar y descendió a la planta baja.

Recogió el talonario caído en el suelo. Arrancó un cheque, que guardó en el bolsillo, y se dispuso a salir.

Entonces se abrió la puerta de la biblioteca y Joyce se vio cara a cara con un desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó la muchacha.

—Stiles, Frank Stiles, señorita —sonrió el individuo—. Representante legal de la difunta señora Broxthall.

—¡Ah! Ha venido a cobrar el alquiler de la casa.

—En efecto. —Stiles enseñó el cheque, aunque doblado, para que no se advirtiera que estaba en blanco—. El señor Slade acaba de pagarme, señorita.

—Mi nombre es Joyce Byard y soy pariente de la señora Broxthall —manifestó ella—. Puesto que usted es representante legal de la difunta, sabrá sin duda que murió sin testar, al menos de una manera oficial.

—En efecto, así es. ¿Se considera usted con derechos a Mill's House?

—Mi madre, mejor dicho, aunque yo estoy tratando de buscar el testamento ológrafo de la señora Broxthall.

—Ah, ¿cree que está escondido en alguna parte de la casa?

—Sí, señor Stiles. De lo contrario, no estaría yo aquí.

Stiles emitió una sonrisa de circunstancias.

—Por supuesto —convino educadamente—. Bien, terminada mi tarea en la casa, habrá de permitirme que me retire.

—No faltaría más.

—Ha sido un placer, señorita. Byard.

—Adiós, señor Stiles.

El hombre se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió. Momentos después, Joyce escuchaba el ruido de su automóvil, al alejarse de Mill's House.

CAPÍTULO X

Durante unos momentos, Joyce permaneció inmóvil, entregada a sus propias reflexiones.

Luego se encaminó al comedor. Estaba desierto.

Ello le produjo una singular sensación de extrañeza. Stiles había manifestado que acababa de hablar con Slade. Sin embargo, el joven no se hallaba en el comedor.

Estaría en su cuarto, seguramente. Después de reflexionar nuevamente, se dirigió a la cocina.

—¿Ethel?

La señora Murphy se volvió.

—Haga, el favor de subir leche y galletas a mi cuarto —pidió la muchacha—. A veces me despierto por la noche y no me gusta levantarme para bajar a hurgar en el frigorífico.

Ethel hizo un signo de asentimiento. Joyce le dirigió una sonrisa y abandonó la cocina.

Regresó a la biblioteca y se apostó junto a la puerta. Minutos después, vio salir a la señora Murphy con una bandeja en las manos.

Esperó hasta que la vio desaparecer en el piso superior. Entonces salió, y corriendo de puntillas, volvió a la cocina.

Empezó a hurgar rápidamente en las alacenas. No tardó mucho en encontrar, escondido entre unos botes, un frasco de cristal, con tapón de vidrio esmerilado. El frasco estaba mediado de un líquido transparente y consistencia más espesa que el agua corriente.

Quitó el tapón y se acercó el gollete a la nariz. El olor que se desprendía de aquel líquido le recordó el del anestésico que la había privado de conocimiento días antes.

Vació el frasco en la fregadera e hizo correr el agua abundantemente. Luego volvió el frasco a su sitio y salió de la cocina.

Ethel continuaba en el piso superior. Joyce sonrió, imaginándose lo que estaba haciendo la mujer en aquellos momentos. Estaba segura de que la señora Murphy no había podido resistir a la tentación de registrar su escaso equipaje.

Regresó a la biblioteca una vez más. Minutos después, oyó el taconeo de Ethel, que descendía por la escalera. Ahora ya estaba segura de que la señora Murphy tomaba parte en aquellas delictivas actividades.

Las horas transcurrieron lentamente. Llegó el atardecer. Joyce empezó a preocuparse por la falta de señales de vida de Slade.

Subió a su dormitorio y llamó un par de veces. Abrió la puerta, pero la estancia se hallaba vacía. Profundamente preocupada, Joyce se preguntó adonde podría haber ido el joven.

Slade despertó sintiendo un violento dolor de cabeza. Durante unos minutos, permaneció inconsciente, hasta que el conocimiento le retornó de modo brusco.

Entonces recordó lo que le había sucedido, hasta el momento de su vuelta al comedor para pagar a Stiles. La duda estaba fuera de lugar: era Stiles el que le había atacado.

Pero ¿dónde se hallaba ahora?

La oscuridad y el silencio eran absolutos. Slade quiso moverse y entonces noto que estaba atado de pies y manos.

Los labios estaban sellados por anchas tiras de cinta adhesiva.

«Estoy hecho un salchichón», pensó.

Las ligaduras de cinta adhesiva le impedían moverse apenas. Empezó a pensar en un plan para liberarse.

Tendiéndose boca abajo, dobló las rodillas cuanto pudo, echando los pies hacia adelante, a la vez que estiraba las manos unidas. Fue una labor lenta, tediosa, agotadora, que debía suspender de cuando en cuando, para descansar, pero al fin quedó con las piernas libres.

Las muñecas, sin embargo, continuaban ligadas, lo mismo que la boca seguía tapada. Pero ahora tenía la ventaja de que podía moverse.

Con grandes contorsiones y esfuerzos, logró alcanzar una caja de fósforos que tenía en el bolsillo de la chaqueta. Se le cayó al suelo y se vio obligado a buscarla a tientas durante unos minutos interminables.

Al fin recuperó la caja. Tras unos cuantos tanteos frustrados, consiguió encender un fósforo.

La llama le deslumbró en los primeros instantes, habituados sus ojos a la oscuridad. Luego pudo examinar el lugar en que se hallaba.

Tratábase de una habitación de forma casi cúbica, con una escalera de amplia curva que arrancaba de uno de sus lados y que conducía a los pisos superiores, sin duda. Pero la cerilla se le apagó antes de que pudiera ampliar el examen visual.

Un segundo fósforo le reveló la existencia de un pequeño hueco en el que divisó una palmatoria con seis o siete centímetros de vela, vieja y polvorienta. Indudablemente estaba allí desde hacía muchísimos años, pero el pabito prendió perfectamente apenas lo intentó Slade.

Respiró un poco más aliviado. Sus muñecas estaban completamente unidas, aunque las manos y los dedos quedaban un tanto libres. Se fijó entonces en la gruesa puerta de roble que había en uno de los lados de la estancia.

Golpeó un par de veces con ambas manos. El ruido le dijo que era imposible soñar en abrir la puerta, ni aunque tuviese completa libertad de movimientos. Sólo una pesada hacha de bombero podría hacer algo.

Miró hacia arriba. La escalera tenía que dar a alguna de las habitaciones de los pisos superiores. Recogió la palmatoria y emprendió el ascenso sin vacilar.

Momentos después, se detenía ante un descansillo de poco más de un metro cuadrado. Delante de él divisó una pared de madera completamente lisa.

Un examen más detenido le hizo ver unas bisagras hábilmente disimuladas. La forma en que estaban colocadas le indicó que aquellas bisagras pertenecían al panel que daba a su dormitorio.

«Es imposible que me hayan hecho pasar por esa abertura», pensó.

Y siguió su examen, hasta que en un lado de la pared de madera, divisó otras bisagras algo mayores.

«Es una puerta», se dijo.

Ahora sólo faltaba abrirla. Empezó a tantear con las manos por todos los sitios, presionando sin descanso, hasta que oyó un

chasquido.

El resorte había funcionado, pero la puerta no se abría. De pronto, comprendió los motivos.

«Lo impide la mesilla de noche», pensó.

Entonces no le quedaba otro remedio que abrir el ventanillo y retirar la mesilla de noche. ¿Podría hacerlo en su situación?

Cerca de las ocho, Ethel entró en la biblioteca y tendió a Joyce una hoja de papel.

La muchacha leyó:

«Es hora de que me retire. Tienen la cena servida en el comedor. Buenas noches».

Joyce sonrió.

—Buenas noches, Ethel.

La señora Murphy se marchó. Momentos después, Joyce se levantaba de la mesa.

Llegó al comedor. Su sorpresa fue grande al ver que Slade no estaba allí.

—¿Qué le habrá pasado? —se preguntó.

Y de pronto recordó que no le había visto en toda la tarde.

Impulsada por un súbito presentimiento, dio media vuelta y echó a correr hacia el piso superior. Abrió la puerta del dormitorio de Slade, y desdeñando las conveniencias sociales, encendió la luz.

El dormitorio seguía vacío.

Joyce empezó a temblar por la suerte de Slade. ¿Lo habían asesinado?

De repente, oyó un ligero chasquido. Junto a la cabecera de la cama, un trozo de la pared empezó a girar.

Joyce se metió el puño en la boca para no gritar. Dos manos surgieron por aquella abertura y empezaron a moverse de una forma extraña. La muchacha se sintió invadida por un terror infinito.

Pero de repente reaccionó. Al lado de la entrada había una consola con algunos adornos. Uno de ellos era un pequeño jarrón, que empuñó resueltamente. Corrió hacia la pared y golpeó las manos.

—¡Atrás, atrás! —gritó.

Le pareció oír un sofocado gruñido de dolor. Entonces, una cara apareció, enmarcada por el hueco.

El hombre tenía los labios cubiertos por tiras de cinta adhesiva. Sus ojos miraban a Joyce con expresión suplicante.

—¡Cielos! —exclamó la muchacha, aterrada por su equivocación—. Es Lamont Slade...

Slade sacó la cabeza y alargó el cuello cuanto pudo. Joyce comprendió sus intenciones y le quitó la mordaza.

—¡Al fin, gracias a Dios! —exclamó él, respirando a pleno pulmón—. Joyce, aparte la mesilla de noche.

Así lo hizo la muchacha. Entonces la puerta secreta se abrió por sí sola.

Slade salió al dormitorio, sucio, desgredado y en un estado lamentable.

—Desátame, por favor, Joyce —pidió.

—Me siento confundida —dijo ella, mientras empezaba a desliar el esparadrapo que aún sujetaba las manos del joven—. ¿Le he hecho mucho daño, Lamont?

—No es para gritar de alegría precisamente, pero más me hizo Stiles.

—¿Stiles? ¿Qué pasó? —preguntó ella.

—Me atacó... —Slade contó lo que le había ocurrido con el supuesto representante legal de la dueña de Mill's House—. Luego me escondió en el cuarto secreto que hay allá abajo, supongo que con la complicidad de Ethel Murphy. ¿Es que no oyó usted nada, Joyce?

—No, en absoluto, pero no se extrañe, porque estaba muy abstraída en mi labor, en la biblioteca.

—Además, Stiles debió de actuar en completo silencio. ¡Qué tipo! Me engañó miserablemente.

—En cuanto a Ethel, no cabe ya duda. Ella fue la que me narcotizó. Encontré un frasco con cloroformo en una de las alacenas. Naturalmente, lo vacié en el fregadero; no quería darle oportunidad para que me narcotizase por segunda vez.

—Hizo bien —aprobó Slade, frotándose pensativamente el lugar donde había recibido el golpe—. Stiles me pegó a conciencia —rezongó.

—¿Qué hay en ese cuarto secreto? —preguntó Joyce.

—Nada, salvo una puerta, que no sé adónde puede dar. Es muy recia y dudo mucho de que podamos romperla con las herramientas de que disponemos aquí.

—¿Le importaría que curioseee un poco, Lamont?

—En absoluto.

Joyce se inclinó y tomó la palmatoria, que Slade había dejado en el suelo, a fin de abrir la puerta secreta. Slade emprendió el descenso tras ella.

—Hay una cosa segura, a mí entender —dijo Joyce, después de un atento examen de la puerta—. Por aquí se va al pasadizo secreto que conduce al molino.

—Sí, pero es preciso que se fije en un detalle. Esta puerta no se puede abrir desde este lado.

Joyce golpeó la puerta con ambos puños. El sonido indicaba sin lugar a dudas la solidez de su estructura.

—¿Y si fuéramos al molino a buscar la otra entrada? —propuso.

—Joyce —dijo Slade—, hay dos cosas que quiero hacer antes, puesto que tenemos de tiempo toda la noche: asearme y comer algo.

—La cena está servida en el comedor —sonrió ella.

—Entonces, si no le importa, me reuniré con usted dentro de quince minutos.

—Conforme —accedió la muchacha.

Volvieron al dormitorio. Slade dejó todo en posición normal y se encaminó al cuarto de baño.

Después de cenar se prepararon para la excursión.

—Esta vez —dijo Slade—, no me encontrarán desprevenido.

Y enseñó el revólver que había capturado a Japhers.

—¿Cree que tendrá que utilizarlo? —preguntó ella.

—Por si acaso, mejor será llevarlo encima. ¿Vamos?

—Sí, Lamont.

Cruzaron el vestíbulo, Slade apagó las luces.

Entonces oyeron el motor de un automóvil que se acercaba a Mill's House.

Slade y Joyce corrieron a esconderse en la biblioteca, con todas las luces apagadas. Momentos después, oyeron el ruido que hacía la puerta al abrirse.

Oyeron voces y se percataron de que alguien encendía la luz del

vestíbulo.

Alguien dijo:

—Slade está en el cuarto secreto que hay bajo su dormitorio. Hay que sacarlo de allí.

—¿Y la chica? —preguntó Burgner.

—Estará en su dormitorio. Ethel tiene cloroformo en una de las alacenas de la cocina, detrás de un bote de cacao. Narcotícela, Cromiss.

—Bien, señor Stiles.

Se oyeron pasos a continuación. Slade miró a través de una rendija y vio a Stiles, Burgner y Cromiss en el vestíbulo. El alcalde se dirigió directamente a la cocina.

Burgner y Cromiss se encaminaron directamente al piso superior.

Slade se preguntó cómo reaccionarían cuando vieran que el pájaro había volado. De pronto, recordó que Joyce le había dicho que el frasco de cloroformo estaba vacío.

—No se mueva —susurró al oído de la muchacha.

Salió de la biblioteca y se dirigió a la carrera a la puerta que conducía a la cocina, situándose a un lado.

Cromiss salió medio minuto después, gruñendo a media voz y echando pestes acerca de ciertas indicaciones erróneas.

Entonces, Slade le atacó por detrás y le golpeó en la nuca con la culata del revólver. Cromiss se derrumbó como una masa inerte.

Guardó el arma y, agachándose, agarró al alcalde por debajo de los brazos y lo arrastró hacia la biblioteca. Joyce cerró la puerta en el acto.

—Empezarán a buscarle cuando vean que ha escapado —dijo ella.

—A quien buscarán será a Cromiss —contestó Slade—. Vamos a esconderlo.

—Pero... aquí no hay sitio...

—Hay, y para todos. Venga conmigo.

Seguían con las luces apagadas. Momentos después, Stiles y Burgner llegaban al vestíbulo, completamente desconcertados.

—Ese condenado Slade... —masculló Burgner—. Me pregunto quién le habrá ayudado a escapar.

—La chica, seguro —dijo Stiles.

—Ahora la traerá Cromiss. Esperemos.

Pasaron algunos minutos.

—Cromiss no viene —dijo Stiles, impaciente—. Suba al dormitorio, a ver qué diablos le pasa.

Burgner echó a correr escaleras arriba. Instantes después, se asomaba al corredor.

—¡No está! —gritó.

Stiles soltó una maldición.

—¿Quién diablos no está: la chica o Cromiss?

—Ninguno de los dos, señor Stiles —contestó el desconcertado Burgner.

Stiles apretó los labios.

—Deben de estar por alguna parte —masculló—. Busquemos en toda la casa.

Stiles abrió la puerta de la biblioteca y encendió las luces. La estancia ofrecía un aspecto completamente normal.

En ella no había ningún mueble que pudiera esconder a una persona. Cerró de nuevo y pasó al salón.

Mientras, Slade se incorporó y empujó hacia arriba el bastidor de la ventana a cuyo pie se hallaban él, Joyce y el inanimado Cromiss, ocultos entre las plantas que abundaban junto a la pared del edificio. Se asomó a la puerta y vio el vestíbulo vacío.

La puerta del comedor se abrió en aquel instante. Stiles salió, caminando a grandes zancadas.

Burgner bajaba a la carrera en aquel momento. Ignorante de que Stiles había examinado la biblioteca, se dirigió hacia ella sin vacilar.

Abrió la puerta y tanteó para buscar el interruptor de la luz. Entonces, el revólver de Slade entró de nuevo en acción con devastadores resultados.

Cargó con el policía y lo condujo hacia la ventana.

—Joyce —llamó a media voz.

—Sí, Lamont.

—Cuidado, ahí va otro pez.

El cuerpo de Burgner cayó a través del hueco. Slade bajó el bastidor y volvió de nuevo junto a la puerta.

Stiles salía en aquel momento de la cocina, profundamente desconcertado.

—¡Burgner! —llamó.

Sólo recibió el silencio como respuesta. Tras unos segundos de indecisión, corrió de nuevo al piso superior.

Slade abandonó entonces la biblioteca y se dirigió a la puerta del edificio, situándose en el exterior. Se imaginaba lo que iba a suceder dentro de unos instantes.

No tardó mucho en oír los precipitados pasos de Stiles. La puerta se abrió y el individuo, loco de pánico, cruzó el umbral.

Entonces, la culata de un revólver se abatió sobre su cráneo. Al verlo caído a sus pies, Slade dijo en voz alta:

—¡Joyce, tres a cero!

—¿Puedo salir? —preguntó la muchacha.

—Sí. Stiles ha quedado también fuera de combate.

Joyce corrió hacia la veranda.

—¿Qué haremos ahora con estos tipos, Lamont?

El joven reflexionó unos momentos.

Realmente, no sabía qué hacer. ¿Torturarles para averiguar la verdad de lo que sucedía en Mill's House?

Era algo que le repugnaba. Además, podía verse metido en un serio compromiso.

De súbito, se le ocurrió una idea.

—Ya lo sé —exclamó—. Joyce, vaya a ver si encuentra por ahí alguna botella de licor.

Ella le miró extrañada, pero acabó por obedecer. Mientras, Slade cargó con Stiles y lo condujo a su propio automóvil.

Joyce presenció el traslado de los otros dos individuos. Slade le explicó los motivos de su forma de actuar.

—Sospecho —dijo— que no son sino meros subordinados de alguien que está desarrollando en Mill's House unas actividades completamente ilegales. No son ellos quienes nos interesan, sino su jefe, ¿comprende?

—Usted se acuerda de Japhers.

—Exactamente.

—Todo eso está muy bien —dijo Joyce—. Pero, dígame: ¿para qué quiere el licor?

Slade sonrió sibilinamente.

—El coche se encontrará en Ardmore estrellado contra una pared, a poca velocidad, por supuesto —explicó—. Sus ocupantes olerán a *whisky* repugnantemente y uno de ellos quedará apoyado

sobre el claxon, de modo que escandalizará a toda la aldea.

Joyce se echó a reír. Slade añadió:

—A veces el ridículo es el arma más efectiva para derrotar al enemigo.

Destapó la botella y vertió su contenido sobre los inconscientes ocupantes del vehículo. A continuación se sentó tras el volante y dio media vuelta a la llave de gas.

—Volveré enseguida —dijo—. Entonces exploraremos de nuevo el molino.

—Sí, Lamont.

Media hora después, Joyce vio venir por el camino a un hombre. Slade se reunió con ella instantes después.

—¿Qué tal? —preguntó la muchacha.

—Perfecto —sonrió Slade—. Me pregunto qué clase de explicaciones darán ahora Burgner y Cromiss a sus respectivas esposas, acerca de la juerga que han estado corriéndose con el forastero.

—Eso, en cierto modo, favorecerá sus mentiras —adujo ella.

—Por supuesto, pero también les obligará a ser más cautos. Y sobre todo, dos de ellos no podrán salir en lo sucesivo por las noches.

—Lo cual nos elimina enemigos sin necesidad de recurrir a graves determinaciones.

—En efecto. Bien, ¿vamos al molino?

—Cuando quiera, Lamont.

Joyce tenía ya dispuesta la linterna de Slade. Empezaron el camino sin más dilación y en pocos segundos llegaron al molino.

—Ya lo exploramos una vez —dijo él—, pero no por eso debemos dejar de insistir una vez más. O todas las que sean necesarias.

Empezaron la búsqueda sistemáticamente, sin olvidar rincón, por pequeño que fuera, golpeando paredes y suelos y hasta buscando en algunos viejos arcones de madera que había en distintas habitaciones del edificio. De pronto, mientras Slade golpeaba uno de los muros con los nudillos, Joyce dijo:

—Lamont, creo que éste es el armario donde encontró el cadáver de Michelson, ¿no es cierto?

—Sí —contestó él, distraídamente.

Un segundo después, oyó un tremendo portazo que le hizo dar un salto.

—¡Joyce! ¿Qué ha sido eso? —preguntó, volviéndose hacia la muchacha.

Ella le miraba fijamente, convertida en una estatua. Slade, alarmado, corrió hacia ella y la agarró por un brazo, sacudiéndola con fuerza.

—Vamos, hable. ¿Siente envidia de la señora Murphy?

Los dientes de la muchacha castañeteaban de terror.

—La... Lamont... Ahí... en el arma... armario... hay otro mu... muerto...

Slade la contempló en silencio durante unos instantes. Luego, decidiéndose, quitó la linterna de la yerta mano de Joyce y abrió la puerta del armario.

Había un hombre en el interior, pero en lugar de estar de pie, como la otra vez, se hallaba tendido, casi sentado, con las rodillas un tanto encogidas, a fin de que pudiera caber dentro del armario.

Slade abrió la otra puerta para examinar mejor el cadáver. Entonces, el hombre giró sobre sí mismo y rodó pesadamente al suelo.

Joyce lanzó un agudo chillido de espanto.

Slade procuró rehacerse. Arrodillóse junto al muerto y le dio la vuelta.

Una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios.

—¡Es Haddock!

—¿Cómo?

—Sí —confirmó él—. Y esta vez no desempeña ninguna ficción. Está muerto y bien muerto, Joyce.

CAPÍTULO XI

Ahora no cabía ninguna duda. El líquido rojo, todavía no seco por completo, que cubría la pechera de la camisa de Haddock, tenía una procedencia inconfundible.

Para mayor seguridad, Slade separó la chaqueta. Aquellos tres agujeros en el centro del pecho no eran simulados.

Las facciones de Haddock estaban deformadas por el terror que debía de haber padecido en sus últimos instantes. Slade calculó, visto que la sangre no se había coagulado por completo, que la muerte debía de haber ocurrido una hora antes, dos como máximo.

¿Lo habían matado Stiles y sus cómplices de Ardmore?

La voz de Joyce interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué hacemos, Lamont?

El joven se incorporó.

—Dejaremos el cadáver donde estaba —contestó.

—¿Por qué?

—El cuerpo de Michelson desapareció también, ¿no es cierto?

—Sí, Lamont.

—Bien, igualmente estaba en este armario. Pero luego desapareció.

—Lo escondió Ethel —dijo Joyce—. O lo lanzó al arroyo.

—Tal vez no lo haga ahora, pero es evidente que alguien intentará ocultar el cuerpo de Haddock. Tendrá que venir al molino.

—¿Y lo esperará, Lamont?

Slade hizo un signo afirmativo.

—Estaré aquí toda la noche, si es preciso —afirmó.

Entregó la linterna a la muchacha.

—Voy a devolver el cadáver a su sitio —añadió.

—Espere —pidió Joyce.

Slade la miró inquisitivamente.

—¿Qué sucede, Joyce?

—El armario —indicó ella—. Puede ser la entrada al pasadizo secreto, lo mismo que sucede con la habitación que conduce al desván.

—Es cierto —concordó él.

Se acercó al armario y golpeó el fondo de madera repetidas veces. El sonido indicaba una pared maciza al otro lado.

—Por aquí no se entra, Joyce —dijo, decepcionado.

Luego cargó con el cadáver y lo dejó tal como estaba. Cerró el armario y recobró la linterna.

—Voy a acompañarla a la casa, Joyce —dijo—. Enciérrese bajo llave en su habitación y no salga hasta que sea de día.

—Usted... ¿se quedará aquí?

—Sí. Toda la noche, si es necesario. Además, tengo todavía dos pistolas. Le entregaré una.

—Jamás he manejado un arma de fuego —manifestó Joyce, con visible repugnancia.

—¿Había visto alguna vez su vida gravemente amenazada?

Aquellas palabras convencieron a la muchacha. Una vez en la casa, Slade le entregó una de las pistolas, dejándosela lista para disparar, aunque con el seguro puesto. Le indicó el modo de quitarlo y luego volvió al molino.

En aquella estancia había un viejo arcón, sobre el que se sentó. Apoyó la nuca en el nudo y se dispuso a pasar las horas lo mejor posible.

La cabeza de Slade se dobló bruscamente sobre su pecho y el joven se despertó sobresaltado.

Tenía la linterna sobre el arcón, al alcance de su mano. Estiró los brazos y entonces sintió un suave contacto en su tobillo derecho.

Algo le rozaba la pierna, junto al pie. Los cabellos se le erizaron de pavor.

El terreno era sumamente silvestre en torno a Mill's House. ¿Una serpiente?

No sería venenosa, pero tampoco agradaba el contacto. Slade alargó cautelosamente la mano y agarró la linterna.

Un chorro de luz cayó sobre una enorme rata, que huyó en el acto, lanzando un chillido de protesta. Slade emitió un profundo suspiro de alivio.

Sintió deseos de fumar e incluso se puso un cigarrillo en la boca,

pero no lo encendió. En aquel ambiente, el olor a tabaco se percibiría fácilmente y delataría su presencia.

Guardó el cigarrillo. Casi en el mismo instante, percibió un crujido.

La escalera era de viejos peldaños de madera. Slade tensó todos sus músculos. Alguien se acercaba.

Otro peldaño rechinó. Silenciosamente, Slade, con la linterna en la mano izquierda y la pistola en la derecha, se acercó a la puerta, situándose en el lado opuesto al armario, que se hallaba a la derecha, respecto de la entrada.

El último peldaño emitió un gáñido de queja. La puerta giró lentamente, con ligeros chirridos de los goznes faltos de grasa.

La silueta de un hombre apareció en el umbral. Era alto, fornido, ancho de hombros. Slade percibió algo raro en su cabeza.

No era el sombrero, puesto que no llevaba, ni tampoco un capuchón. De pronto, lo comprendió: se trataba de una media de seda, que ocultaba sus facciones.

El individuo se acercó al armario y lo abrió. Entonces, Slade apoyó el revólver en su espalda.

—Será mejor que levante las manos —ordenó.

El desconocido se puso rígido.

—¡Obedezca! —dijo Slade, imperativamente.

Las manos del individuo se levantaron a nivel de sus hombros. Súbitamente se volvió, y con el revés de la izquierda, asestó a Slade un terrible golpe en la cara.

El joven se tambaleó. Una mano le golpeó despiadadamente, con el canto, la muñeca armada. El brazo quedó entumecido en el acto, desde la mano al hombro, y el revólver cayó al suelo.

Un puño de dureza indescriptible buscó la mandíbula de Slade. El joven se tambaleó, tratando de devolver los golpes que recibía. Un izquierdazo al estómago le hizo encorvarse sobre sí mismo.

Oyó la respiración jadeante de su adversario, y aunque aturdido a medias, adivinó su siguiente golpe. El instinto le hizo echarse a un lado.

Las manos juntas del desconocido buscaban su nuca. Al no encontrarla, vaciló y estuvo a punto de caer. Slade estiró una pierna y golpeó las rodillas del hombre, lanzándolo por tierra. Se oyó un gruñido de rabia.

Slade se puso en pie de un salto, a la vez que lo hacía el otro. Vagamente vio la media de seda, en la que habían sido practicados dos orificios, para ver mejor, puesto que era de noche. Pero el tejido impedía en absoluto contemplar las facciones del sujeto, a quién Slade, lógicamente, estimaba como el asesino de Haddock.

Valientemente, se lanzó sobre él, buscando agarrar la media de seda. Su mano resbaló y se agarró a la solapa del traje, desgarrándola. Algo cayó al suelo con metálico tintineo.

El asesino disparó su puño de nuevo, consiguiendo un buen impacto. Slade retrocedió dos pasos y cayó de espaldas, lo que su adversario aprovechó para darse a la fuga.

Pero Slade no había perdido el conocimiento. A gatas tanteó el suelo hasta encontrar su revólver. Luego, sin perder tiempo, se lanzó fuera de la habitación.

El rugido del motor de un automóvil se oyó muy cerca del molino. Slade apretó el gatillo de su revólver en rápida sucesión, consumiendo todos los cartuchos.

Los seis estampidos atronaron la noche. Cuando los ecos de los disparos se desvanecieron y Slade dejó de estar deslumbrado por los fogonazos, vio a lo lejos los faros de un automóvil que se perdía a gran velocidad.

Por un momento se sintió tentado de montar en el suyo y perseguir al desconocido, pero le contuvo el pensamiento de que sería una locura. Él era un conductor normal, corriente, poco habituado a las grandes velocidades y menos de noche.

«Mientras el cadáver de Haddock esté aquí, alguien volverá a intentar su desaparición», se dijo.

La voz de Joyce sonó entonces en la ventana de su dormitorio.

—¡Lamont! ¡Lamont!

—¡Estoy bien, Joyce! —contestó él a gritos.

—¿Ha herido a alguien?

—Aguarde un momento. Me reuniré con usted enseguida.

Lamont guardó el revólver en el bolsillo de su americana. Sentía dolores en los lugares donde había sido golpeado, pero también estaba satisfecho.

En realidad, no era tan fracaso como parecía. El asesino se había visto obligado a huir. Pero inevitablemente tendría que volver o enviar a alguien para rematar la labor no concluida.

Joyce llegó a la carrera, jadeante, casi sin respiración.

—¿Quién era, Lamont? —preguntó.

—El asesino, me imagino —contestó él—. Logré sorprenderle, pero reaccionó y nos enredamos a golpes.

Ganó él, pero yo le hice huir. Disparé seis tiros, aunque sospecho que no conseguí nada.

—¿Haddock... sigue en el armario?

—Sí. Apenas le di tiempo a abrirlo.

—Lamont, usted tenía una linterna. ¿Vio la cara del asesino?

—Verá, Joyce. Yo le encañoné por detrás. Me disponía a encender la linterna, cuando me golpeó y empezó la lucha. Además, estaba enmascarado.

—Un tipo precavido, ¿no?

—Figúrese —sonrió él.

—¿Cree que volverá?

—O enviará a alguien para...

Slade se interrumpió de repente.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Joyce, alarmada.

—Espere —dijo él—. Cuando peleábamos, le rasgué la solapa del traje. Un objeto metálico cayó al suelo; lo escuché perfectamente.

—Estará allí todavía, Lamont —apuntó la muchacha.

—Sí. Vamos a verlo.

Corrieron hacia el molino. Slade encontró la linterna y la encendió.

—¡Ahí está! —gritó Joyce, segundos después, agachándose a recoger un objeto metálico que despedía varios destellos—. Es una insignia de solapa, Lamont.

Slade cogió con dos dedos aquella insignia y la contempló un instante. Luego la acercó a otra idéntica que llevaba en la solapa de su traje.

Los ojos de Joyce se abrieron desmesuradamente.

—¡Son idénticas! —exclamó.

—Sí —admitió él—. Las regala mi compañía a los altos empleados y personas de cierto relieve relacionados con la misma. Pero debido a su valor, no son de la clase que más abunda, aunque, claro está, también hay otras mucho más baratas.

A la luz de la lámpara, Joyce contempló el disco de oro puro, de casi tres centímetros de diámetro, en cuyo centro se leían las tres

iniciales de la *British & International Chemical*, elaboradas con diamantes. Era una joya de bastante precio y se comprendía que la empresa las regalase sólo a personas de relieve.

—Quizá conozca usted al dueño —sugirió Joyce a poco.

—Es posible, aunque también puede suceder lo contrario. No diré que la *B. I. Ch*, las regale a miles, pero sí habrá mandado construir al menos un centenar como estas dos. Comprenderá que yo no estoy en situación de conocer a todas las personas que poseen una de estas insignias.

Joyce volvió a examinar la joya. Le dio la vuelta y vio algo que le hizo lanzar una exclamación de asombro.

—¡Lamont! ¡Está numerada! —dijo.

—¿Cómo?

—Sí... Fíjese. Tiene el número cincuenta y siete. ¿Cuál es su número?

—Pues... si quiere que le diga la verdad, nunca me había fijado en semejante detalle. Me la dieron, la puse en este traje y...

Slade volteó su insignia. Tenía la cifra ochenta y dos.

—El dueño de la número cincuenta y siete lleva más tiempo que usted en la B.

I. Ch

—dijo Joyce.

—Seguramente. Pero lo más importante de todo es que esa cifra nos permitirá conocer al dueño.

—¿Telefonaré a su empresa?

—No me gustaría hacerlo desde Ardmore, Joyce.

—Entonces, vaya a Leach Town. Allí no habrá una curiosa telefonista que tal vez informe de su diálogo a Burgner y demás pandilla.

—Es mía buena idea, aunque antes de ir a Leach Town haré una cosa, Joyce.

—Dígame, Lamont.

—Conversar con la señora Murphy.

—Será una lata —dijo ella—. Preguntar y esperar a que ella escriba sus respuestas.

Slade sonrió enigmáticamente.

—¿Quién sabe? Acaso sea una conversación más rápida de lo que usted se imagina, Joyce. ¿Volvemos a la casa?

—Sí. —Ella lanzó una mirada al armario—. ¿Dejamos el cadáver aquí?

—Por supuesto. Espero —añadió Slade— que las ratas lo respetarán durante algunas horas.

Ella se estremeció.

—¿Ha dicho ratas, Lamont?

—Ésa es exactamente la palabra que he empleado —confirmó él.

CAPÍTULO XII

Como todas las mañanas y con su inseparable bolso pendiente del brazo izquierdo, Ethel Murphy llegó a Mill's House, abrió la puerta y se encaminó a la cocina.

Dejó a un lado el bolso, se quitó el sombrerito y el sobretodo de entretiempo con que se cubría y se puso el delantal. Joyce se asomó en aquel momento.

—¿Ethel?

La mujer se volvió e hizo un ligero gesto con la cabeza.

—¿Tardará mucho el desayuno? —preguntó la muchacha.

Ethel enseñó los dedos de ambas manos. Luego sólo cinco.

—Quince minutos —dijo Joyce, sonriendo.

La señora Murphy asintió. Joyce dijo «Gracias» y se retiró.

Ethel se acercó a la cocina y se dispuso a encender el fuego. Súbitamente, oyó un chillido aterrador.

—¡Esa rata! ¡Cuidado, Ethel! ¡Va a subirse por sus piernas! ¡La rata, la rata!

Ethel se sobresaltó y lanzó un agudo chillido de espanto.

—¿Dónde está? —preguntó.

Sonriendo complacidamente, Joyce se apoyó en la jamba de la puerta.

—Conque era muda —dijo.

Los ojos de la señora Murphy la miraron con rabia infinita.

—Lo ha descubierto —dijo.

—Sí —admitió Joyce, sin dejar de sonreír.

—Me parece que no lo repetirá a nadie, maldita entrometida.

Ethel se precipitó sobre su bolso, lo abrió y extrajo un pequeño revólver con el que apuntó a la muchacha.

—¿Va a hacerme seguir el mismo camino que Michelson y Haddock? —preguntó Joyce.

Ethel vaciló.

—¿Qué es lo que sabe usted? —preguntó.

—Muchas cosas, aunque no todas, por supuesto. Me falta por saber la entrada al pasadizo secreto, por qué, se han cometido todos esos crímenes, qué se oculta en Mill's House...

—Yo no sé nada —dijo Ethel, altaneramente.

—¿Repetirá su negativa ante los hombres de Scotland Yard?

Hubo un momento de silencio. Ethel empezaba a perder su firmeza.

De pronto, sintió en su nuca el frío contacto de una pistola.

—Ethel, suelte el revólver o disparo —intimó Slade.

La señora Murphy vaciló un instante. Luego abrió los dedos y el arma cayó al suelo.

Slade la recogió en el acto. Luego empujó a la mujer hacia un taburete de cocina.

—Siéntese —ordenó.

Ethel obedeció. Tenía los labios muy prietos.

Slade dijo:

—Se han cometido dos asesinatos, aparte de, varios intentos más, contra nosotros. Éste es un asunto grave y usted no puede ignorarlo, Ethel. Yo creo que le conviene hablar, a fin de que su pena sea mínima.

—Usted no es policía —dijo ella, despectivamente.

—No, pero he estado en Leach Town muy de mañana. En Londres tengo un buen amigo que trabaja en la brigada criminal de Scotland Yard.

Era mentira, pero Ethel no lo sabía.

Se amedrentó.

—¿Van... van a venir aquí los de Scotland Yard? —preguntó.

—Están en camino —afirmó Slade, muy serio.

Ethel bajó la cabeza un instante. Lanzó un profundo suspiro y dijo:

—Está bien. ¿Qué quiere saber?

—Lo que sabe usted, Ethel.

—Es un asunto de drogas, señor Slade.

—¡Oh! ¡No hay tesoro! —dijo Joyce, decepcionada.

—¿Lo lamenta usted? —preguntó Slade, burlón.

—No, pero me habría gustado ver las joyas.

—Una lástima —convino el joven—. De modo que drogas, Ethel.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En el subterráneo, señor.

—Ethel, yo conozco un subterráneo, pero está vacío.

—Es sólo una parte, la más pequeña del total.

—Bien, en ese caso, ¿dónde está la entrada?

—En el molino, entre la compuerta y la rueda, señor.

Slade abrió la boca de par en par.

Luego se pegó una soberana palmada en la frente.

—¡Lamont! —dijo Joyce, asustada.

—Idiota de mí —dijo él disgustadamente—. Debí haberlo supuesto antes. ¿Acaso no se acuerda de cuando se paraba la aceña?

—Claro —exclamó la muchacha—. Se paraba porque el canal quedaba en seco y no había agua que proporcionase la fuerza motriz.

—Exactamente. ¿Vamos a buscar esa entrada?

—Sí, Lamont, pero... ¿qué hacemos con Ethel?

—Vayan tranquilos —dijo—. Esto se ha acabado para mí. Intervine en el asunto mientras todo iba bien, pero luego, cuando se complicó con asesinatos...

—Muy bien —dijo Slade—. Joyce, espéreme en la puerta. Voy un momento a mi cuarto. Bajaré enseguida.

Slade se reunió con la muchacha segundos más tarde. Llevaba un paquete en las manos.

—Restos de los petardos que compré en Leach Town —explicó—. Quizá tenga que emplearlos para volar alguna puerta.

—Piensa en todo —dijo ella, admirada.

—Menos en el ingenioso truco de la entrada que está bajo la corriente de agua —contestó él, disgustado por no haberlo adivinado antes.

La compuerta bajó por completo y el canal quedó en seco. Slade bajó por unos escalones de hierro, adosados a las pilastras de mampostería que aseguraban la solidez de la pequeña represa, y puso sus pies en el todavía mojado suelo del canal, cuya inclinación era bastante pronunciada, a fin de proporcionar al arroyo el ímpetu suficiente para mover la rueda.

Joyce le siguió en el acto. Era preciso caminar con cuidado; el fondo del canal, con el paso de los años, era sumamente

resbaladizo.

Slade encontró bien pronto una losa de cemento de un metro de lado. Sus juntas eran apenas visibles, sobre todo por el hecho de que en el fondo del canal abundaban las algas y el musgo. Al cabo de los años y pese a la fuerza de la corriente, el canal tenía un aspecto más bien verdoso.

Slade apartó con las manos las plantas acuáticas hasta que, en el lado más próximo a la aceña, encontró un asa hábilmente disimulada bajo unas algas artificiales. Agarró el asa y tiró con fuerza hacia arriba.

La losa giró con relativa facilidad, merced a un contrapeso hábilmente situado, que anulaba al mayor parte del esfuerzo. De otro modo, dedujo Slade, el esfuerzo habría sido considerable, debido al grosor de la losa, casi quince centímetros y de cemento macizo, lo que le daba un peso enorme.

Para evitar filtraciones al interior, los bordes de la losa formaban un cono truncado y descansaban sobre un marco de goma que aseguraba una perfecta estanqueidad. Las charnelas de la losas que permitían el giro estaban en el lado de la compuerta.

Una vez levantada la losa, Slade y Joyce divisaron un negro hueco que se perdía verticalmente hacia abajo. Parecía un pozo de cloaca, aunque de sección cuadrada.

Adosada, a una de sus paredes había una escalera de peldaños de hierro. Slade se colgó del cuello el paquete con los petardos y entregó la linterna a la muchacha.

—Alumbra usted mientras yo bajo —rogó.

El descenso del joven, por otro lado, duró poco. Tres metros más abajo alcanzó un descansillo encementado, del que partía una escalera normal.

—¿Puedo bajar? —preguntó Joyce.

—Sí. Suelte la linterna, por favor.

La muchacha dejó caer la lámpara, que Slade atrapó al vuelo. Momentos después, se reunía con Slade.

—No se ve nada —dijo.

La boca del pozo no proporcionaba luz suficiente para poder contemplar el panorama subterráneo. De pronto, Slade descubrió un interruptor de la luz a su derecha.

Bajó la palanquita. Un vivo resplandor iluminó de repente aquel

subterráneo, cuyo techo se hallaba a diez o doce metros bajo la superficie.

—¡Oh! —exclamó Joyce.

Slade se quedó atónito.

Había allí un laboratorio químico completo, en el que no faltaba el menor detalle. Slade y Joyce, lentamente, descendieron por las escaleras y caminaron en torno a las mesas llenas de artefactos de vidrio.

En uno de los lados divisaron una campana de chimenea.

—Sirve para evacuar los gases procedentes de los diversos procesos de destilación —dijo él.

—Sí, pero ¿adónde va a parar?

—No hay más que una solución: la propia chimenea del molino, empalmada con ésta.

—Desde luego. ¿Sabe lo que estoy pensando, Lamont?

—Dígalo, Joyce.

—Esto representa años de trabajo, bastantes años, Lamont.

—Lo mismo opino yo, aunque imagino que el subterráneo se lo encontraron hecho. Lo único que tuvieron que hacer fue acomodarlo a sus necesidades.

Slade contempló las paredes del subterráneo, de bóveda curva. El material empleado había sido el ladrillo cocido, lo cual daba al recinto una solidez indiscutible.

—¿Y aquí preparaban las drogas, Lamont? —preguntó Joyce, tras una ligera pausa.

—La importaban en bruto y la destilaban y refinaban para su venta y consumo por los adictos.

—Sí, pero ¿quién lo hacía?

—Bueno, Burgner y Cromiss tienen algo que decir al respecto. Quizá lo hacían ellos mismos, debidamente entrenados. Tenga en cuenta que Ardmore es una población pequeña y apartada, y, además, no es necesario pasar por ella para llegar al molino. Por lo tanto, los portadores de la droga en bruto y los que se la llevaban una vez refinada, ni siquiera aparecían por la aldea.

Probablemente, casi seguro puede decirse, hay una cadena en este negocio: importadores de la droga, transportistas, elaboradores, más transportistas, distribuidores al por mayor y distribuidores de pequeñas cantidades. Y ello explica, en parte, los dos asesinatos

cometidos.

—Sí, pero no dice quién es el jefe de la banda —alegó Joyce.

—Pronto lo sabremos —contestó él—. En cuanto haya telefonado a la B.

I. Ch,

sabremos quién perdió la insignia.

De pronto, Joyce lanzó una exclamación.

—¡Mire, Lamont, la puerta que da a su habitación está allí!

Atravesaron el subterráneo en toda su longitud y examinaron la puerta detenidamente. Era de sólidos tablones de roble y estaba cerrada con llave, la cual, sin embargo, no estaba puesta en su sitio.

—Por aquí no podemos salir —dijo él—. Volvamos.

En aquel momento se oyó un ruido extraño.

—Parece agua que gotea —dijo Joyce.

—¿Agua? —repitió él, sintiendo que se le erizaban los cabellos.

—Sí, eso mismo opino yo. Un grifo abierto...

—Joyce, no hay otro grifo abierto que el de la compuerta. ¡La han levantado! —exclamó Slade, dramáticamente.

La muchacha se puso pálida.

El ruido se acentuó. Casi enseguida, vieron un ancho reguero de líquido que se extendía serpenteando por el suelo encementado del laboratorio.

El ruido de caída del agua se acentuó. Joyce lanzó un grito de pavor:

—¡Lamont! ¡Corramos a la salida, antes de que sea demasiado tarde!

Slade meneó la cabeza.

—Ya no hay nada que hacer, Joyce. La fuerza del agua nos derribaría antes lo que pudiéramos salir.

El fragor de catarata era ahora claramente perceptible. Arroyos enteros de agua saltaban espumeando por los peldaños de la escalera y el líquido empezaba ya a cubrir íntegramente la vasta superficie del suelo del laboratorio.

—¿Vamos a morir ahogados como ratas? —preguntó Joyce.

De repente, Slade se acordó de algo que había llevado consigo.

—¡No! —gritó—. Todavía tenemos una solución. Escaparemos con vida, Joyce, se lo aseguro.

CAPÍTULO XIII

Slade desenvolvió el paquete de los petardos, entre los que había un par de ellos de buen tamaño, destinados a hacer un gran ruido. Luego sacó del bolsillo un rollo de cinta adhesiva.

El agua les llegaba ya a los tobillos y seguía subiendo.

—No sé cómo se le ocurrió traer los petardos —dijo Joyce.

—Pensé que podría encontrarme con alguna puerta secreta —contestó él—. Y yo no soy precisamente un genio de la mecánica. Mi torpeza con cualquier herramienta es notoria.

Colocó juntos los petardos, formando un paquete que sujetó debidamente con cinta adhesiva. Mientras trabajaba, sin que dejase de sonar el ruido del agua cayendo en cascada, Joyce dijo:

—Lamont, la losa de cemento se abre hacia la compuerta. Por tanto, el primer golpe de la corriente debería haberla cerrado.

—Habrán puesto algún obstáculo para impedir que se cerrase. De todas formas, su misma posición frena un tanto la entrada de líquido.

Joyce bajó la vista. El agua les llegaba ya cerca de la rodilla.

Finalmente, Slade colocó el paquete de petardos sobre la cerradura sujetándolo con otro trozo de cinta. Acto seguido, encendió la mecha de uno de los cilindros explosivos.

—¡Atrás, Joyce!

Retrocedieron atropelladamente, mientras el fragor de la inundación se acentuaba. Slade llevó a Joyce al otro lado de una pesada mesa de laboratorio, tras la cual se agazaparon.

La explosión sonó repentinamente, muy violenta, tanto, que las luces se apagaron de golpe.

Joyce lanzó un chillido de espanto.

—Calma. Tenemos una linterna —dijo él.

Encendió la lámpara y caminó con grandes dificultades hacia la puerta, pues el agua les llegaba ya a los muslos y les impedía correr.

Enfocó la linterna y tuvo la satisfacción de ver la cerradura hecha pedazos.

Cargó con el hombro. Se oyó un fuerte crujido y la puerta cedió.

—Gracias a Dios —musitó Joyce.

El agua irrumpió con gran fuerza en la otra habitación. Slade y Joyce alcanzaron la escalera que conducía a la puerta secreta que daba a su dormitorio.

—Bueno —dijo ella, al encontrarse en seguridad—, y ahora, su laboratorio ha quedado anegado.

—Eso no es obstáculo. Traerían una bomba y expulsarían el agua en un par de días.

—¿Llegará al interior de la casa?

—No. El nivel es ligeramente superior al del arroyo —calculó Slade.

Llegaron a la puerta secreta. Joyce miró una vez hacia abajo y vio que el nivel de la inundación continuaba ascendiendo.

—Tengo una duda, Lamont —dijo.

—¿Sí? —murmuró él, mientras forcejeaba con el resorte secreto que abría el panel de madera.

—¿Se habrá oído la explosión? En ese caso, saben que estamos vivos.

—Lo dudo mucho. El agua, en el canal, al caer por la boca del pozo, formará un gran remolino que impedirá la salida de otro sonido. Y por aquí, las paredes son demasiado recias para permitir la salida de ruidos. Queda, claro, esta puerta secreta, pero confío en que no haya nadie en el dormitorio. Ya los tendríamos encima, ¿comprende?

Joyce hizo un signo de asentimiento. Luego comentó:

—Ethel nos engañó miserablemente, Lamont.

—Sí, debí haberla dejado atada de pies y manos, pero...

Había abierto el panel pequeño y sacando ambas manos, consiguió apartar un poco la mesilla de noche. Luego abrió la puerta y, después de un par de empujones, dejó espacio suficiente para el paso de sus cuerpos.

—Bueno, ya hemos salvado lo principal —dijo, lanzando un gran suspiro de alivio.

Abrió el cajón de la mesilla y sacó la pistola con silenciador, que había capturado a uno de los secuaces de Japhers. Joyce contemplo

la operación con gesto de asombro.

—Conviene estar prevenido —sonrió él—. ¿Vamos?

Cruzaron el dormitorio y llegaron a la puerta. Slade la abrió con grandes precauciones y escuchó unos momentos.

Abajo se oían voces. Slade creyó reconocer una de ellas.

—Sigamos —susurró.

Caminaron de puntillas, hasta alcanzar la esquina. Slade se asomó y vio en el vestíbulo a Burgner, Cromiss y Ethel hablando con un individuo vuelto de espaldas hacia él.

—Están muertos —decía Ethel en aquellos instantes—. Abrí la compuerta del molino y el laboratorio tiene que estar inundado a la fuerza.

—Está bien —dijo el individuo—. Nos costará mucho ponerlo de nuevo en funcionamiento...

—Una bomba hidráulica lo despejará de agua en dos o tres días —apuntó Burgner.

—¿Ha vuelto Japhers? —preguntó el desconocido.

—No. Estamos esperándolo —contestó Ethel.

—Tenemos un buen paquete de mercancía preparada —declaró Burgner.

—No entreguen un solo gramo sin recibir antes el dinero —ordenó el que parecía ser el jefe.

—Eso se da por descontado —rió Cromiss.

Algo cayó al suelo desde arriba y rodó hasta quedar entre los pies de los conversadores. Un profundo silencio se hizo en el acto.

Burgner se agachó y recogió el objeto. Arriba, en el corredor, una voz dijo:

—¿Es tuya esa insignia, Hugh Markhane?

Un profundísimo silencio se produjo después de aquellas palabras. Lentamente, Markhane se volvió y miró hacia arriba.

—Estás vivo, Lamont Slade —dijo.

—Por fortuna, aunque no gracias a tus deseos —sonrió el joven, en cuya mano derecha se veía una pistola.

—¿Es imposible que hayan abierto la puerta de roble! —gritó Ethel.

—¿Está hablando con nuestros fantasmas? —preguntó Joyce irónicamente.

La mujer calló. Markhane preguntó:

—¿Cómo lo has hecho, Lamont?

—Explosivos. Alcalde, Burgner, ¿no recuerdas los petardos que les lancé a unos intrusos hace algunas noches? Todavía conservaba algunos y aunque no eran explosivos adecuados, sirvieron para destrozarse la cerradura.

—Eres muy inteligente, Lamont —admitió Markhane—. ¿Qué vas a hacer ahora conmigo?

—Les retendré a todos prisioneros. La señorita Byard irá a Leach Town a traer policías... policías honrados, no como ese que tienes ahí al lado, Hugh.

Burgner tenía la cara terrosa. Literalmente, temblaba de pánico.

—¿Cómo pudiste hacer una cosa semejante, Hugh? —preguntó Slade a continuación.

Markhane se encogió de hombros.

—Dinero, supongo.

—Y eres químico. La destilación de la droga en bruto no es cosa de mayor monta para ti.

—En efecto, Lamont.

—Esos dos. —Slade señaló a Burgner y a Cromiss—, mintieron cuando cité tu nombre. Dijeron no conocerte.

—¿Qué querías que dijeran, Lamont? Comprende su posición.

—Sí, ya me lo imagino. Y me imagino también que debieron quedarse muy desconcertados cuando les dije que tú me habías recomendado Mill's House. No comprendo, Hugh. Si tenías montado este negocio, ¿por qué, no me indicaste otro sitio?

—Recuerda que yo te había hablado de la casa hace mucho tiempo. Luego creí que lo habrías olvidado, cuando me dijiste que querías venir a descansar aquí. No quería negártelo, para que no sospechases de mí.

—Y entonces, sabiendo que yo tenía los nervios en cura, hiciste que tus amigos preparasen todas aquellas trampas, para obligarme a abandonar la casa. El falso muerto, el candelabro, el retrato sin la dama retratada...

Markhane sonrió.

—Divertido, ¿no, Lamont?

—Michelson murió de veras —dijo Slade con severo acento.

Cromiss apretó los labios. Slade supo que era el asesino.

—Hubo que quitarlo de en medio —confesó Markhane

cínicamente—. Quería cosas que era imposible concederle.

—Ya. Drogas a precio de bicarbonato.

—Y, además, a crédito. En este negocio no hay crédito, Lamont. Pago al contado.

—Sí, ya lo veo. ¿Qué pasó con Haddock?

—Se acobardó.

La respuesta de Markhane era de una significativa contundencia.

—Y quería salirse de la banda —dijo Slade.

—Ya se ha salido —contestó Markhane, cínicamente.

—Comprendo. Un buen lugar Mill's House para vuestras manipulaciones. Deshabitado, solitario... Hugh, cometiste un error al ponderármelo tanto.

—Eso fue tiempo atrás y yo creí que lo habrías olvidado. Cuando se me ocurrió la idea de montar aquí el laboratorio de purificación de la droga en bruto, ni siquiera me acordaba de lo que te había contado.

—Desde luego, Hugh, pero ¿no habría sido mejor dejarlo correr y no hacer nada que me obligase a intervenir?

—A la larga o a la corta, habrías visto movimientos sospechosos. Era preciso hacerlo desde el primer momento, Lamont.

—Está bien, Hugh. El asunto está resuelto. Lo siento por ti; había llegado a considerarte un buen amigo. Joyce —se dirigió a la muchacha sin volver la cabeza—, mi coche está preparado. Vaya a Leach Town y...

En aquel momento se abrió la puerta y Stiles apareció gritando:

—¡Jefe, ahí vienen...!

Se oyeron dos disparos de pistola. Stiles lanzó un grito ahogado y se desplomó de bruces.

Ethel lanzó un grito de espanto. Slade, instintivamente, retrocedió a la protección del corredor.

—No haga ruido, pase lo que pase, Joyce —recomendó en voz baja.

Japhers y sus dos esbirros aparecieron de repente, empuñando sendas pistolas.

—Vamos, muchachos —dijo el primero—, la mercancía.

Hubo una tensa pausa de silencio. Markhane y sus acompañantes permanecían todos con las manos en alto.

Burgner tragó saliva. Su nuez subió y bajó espasmódicamente.

—La mercancía —insistió Japhers.

—Está... en el laboratorio —contestó Markhane.

—Inundado —añadió Ethel.

—¿Cómo? —Gruñó Japhers.

—Quiere decir que está repleto de agua —explicó Markhane. Japhers frunció el ceño.

—Markhane, soy leal siempre en mis tratos. No me gusta que me engañen, ¿comprende? Usted hizo matar a uno de mis hombres...

—Michelson quería llevarse la droga sin pagar. Incluso estaba dispuesto a engañarle a usted.

—¡Tonterías! —resopló Kindly.

—Usted y yo hicimos un trato, Markhane —dijo Japhers—. Hasta ahora, siempre había cumplido mi parte. Usted, en cambio, ha tratado de obtener una gran ganancia a costa mía. No puedo permitir que nadie se burle de mí...

Repentinamente, apretó el gatillo. Markhane lanzó un quejido y se dobló sobre sí mismo, agarrándose el vientre con ambas manos.

Entonces, impulsivamente, Slade se asomó y disparó dos tiros contra Japhers. El rufián, asombrado, cayó de espaldas sin saber qué le había ocurrido.

Los demás se tiraron al suelo, salvo Tower y Kindly que retrocedieron a la carrera, disparando sus armas hacia arriba. Slade percibió el silbido de las balas y se escondió.

El tiroteo cesó repentinamente. Slade se asomó y, asombrado, vio que los dos pistoleros entraban retrocediendo con las manos en alto.

Detrás de ellos irrumpieron unos cuantos policías, parte de paisano, parte uniformados. Slade, al verlos, respiró aliviado.

Más tarde, el jefe de la fuerza policial, inspector Hines, le dijo:

—Hacía tiempo que seguíamos los pasos a Japhers, aunque nunca habíamos tenido la ocasión de atraparles con las manos en la masa. Usted ha hecho una buena labor, señor Slade. Ha resultado decisiva para el desmantelamiento de esta banda de traficantes de drogas.

—Y pensar que vine aquí a descansar y a curarme de los nervios —exclamó él desmayadamente.

—Ahora podrá hacerlo, sin temor a aparecidos, cadáveres en los armarios ni cuadros sin la dama retratada —sonrió Hines.

—Y me buscaré una sirvienta bien parlanchina, que hable por los codos —aseguró Slade.

Hines se echó a reír.

—Con tal de tener siempre aspirinas a mano... —contestó zumbonamente.

Slade oyó un repentino grito en la biblioteca.

—¿Qué pasará ahora? —se dijo, temiendo algún grave suceso.

El grito se repitió. Slade, alarmado, corrió aquel lugar.

Joyce apareció en el vestíbulo, blandiendo un papel.

—¡Lo he encontrado, lo he encontrado! —exclamó, llena de júbilo.

—¿Qué es eso? —inquirió el joven.

—El testamento de la señora Broxthall, naturalmente. Estaba dentro del forro de la Biblia familiar. Es el primer libro en donde debí haber buscado...

—Bueno, ¿qué dice ese testamento? Estoy muerto de curiosidad, Joyce.

—Mill's House y sus terrenos pasarán a poder de sus parientes más próximos de la señora Broxthall. El más próximo es mi madre.

—La felicito, Joyce.

—Estoy segura de que a la señora Broxthall no la disgustará. Ella y mi madre, pese a la diferencia de edades, eran muy amigas.

—Me alegra oír una cosa semejante, Joyce. Ahora tendré que pagarles a ustedes el alquiler de Mill's House.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Quédese todo el tiempo que quiera —dijo—. Yo le estoy muy agradecida, Lamont; a fin de cuentas, no puedo olvidar que me salvó de graves peligros.

—También lo hacía por mí —sonrió Slade.

Joyce contempló el testamento.

—Está firmado por los dos cónyuges —dijo—. Cada uno es el heredero del otro y sólo cuando ambos muriesen, la propiedad pasaría a otras manos. Ahora volveré a Londres para comunicárselo a mi madre.

—Si no tiene inconveniente, me gustaría acompañarla, Joyce.

Ella le miró y sonrió.

—Aceptaré con mucho gusto —dijo—. ¿Se volverá luego aquí?

—Y usted, ¿se quedará en Londres?

Joyce calló un instante, mientras sonreía maliciosamente.

—¿Qué me aconseja usted, Lamont? —preguntó.

—Por mi parte, me gustaría que volviese a Mill's House cuanto antes —contestó Slade—. Cadáveres aparte, es un lugar encantador para fines de semana, vacaciones... lunas de miel...

—Oh —se ruborizó ella—. ¿También lunas de miel, Lamont?

—Sí —confirmó Slade—. Una luna de miel, Joyce.

—Tendré que pensármelo, Lamont —dijo la muchacha.

—Esperaré todo lo que sea necesario —aseguró él.

Sabía que su espera no sería vana.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

